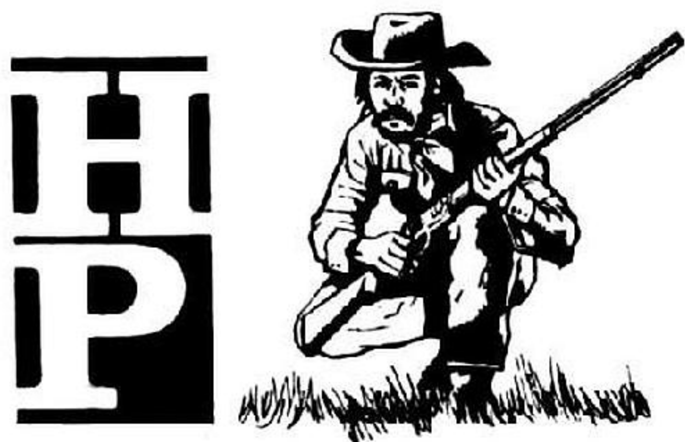


LOS HERMANOS CUSTER

Silver Kane



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

LOS HERMANOS CUSTER

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 493
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 15018-1979

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: junio, 1979

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El mayoral gritó:

—¡Diligencia a Devils Lake! ¡Salida dentro de cinco minutos!

Los hombres que estaban en el saloon, esperando la llamada, se fueron acercando a la puerta.

Una luz rosada envolvía las casas de Sioux Falls, en aquella hora del anochecer, cuando el sol se estaba poniendo en las vertientes del Missouri.

El público que se dirigía a North Dakota, donde los campos ya helaban, era muy heterogéneo. Abundaban, sobre todo, los aventureros sin clasificar, esa clase especial de hombre que uno nunca sabe si va a cazar pieles honradamente o a matar a su hermano por veinte dólares. Viajaban también aquel día unos cuantos corredores de comercio y un par de chicas de saloon que se cuidaron muy bien de hacer generosas exhibiciones de piernas, quizá porque les faltaba algo si no tenían a todos los hombres pendientes de ellas.

Pero esta vez nadie las miró.

Ocurría una cosa extraña.

Todo el mundo estaba pendiente de una sola mujer, una chica de unos diecinueve años que viajaba con tres hombres.

Iba vestida muy decentemente, incluso con severidad. Hacía lo posible por no llamar la atención, pero su esfuerzo era inútil. Y es que cuando las curvas estallan bajo el vestido, y cuando la boca es sonrosada y fresca, cuando los ojos brillan en la noche y además cambian de luz, cuando el cuello es largo y esbelto y cuando la piel parece de seda, no hay hombre que permanezca indiferente ni un minuto.

Eso era lo que les ocurría a todos los viajeros de la diligencia. No

sabían más que mirar a aquella mujer.

Los tres tipos que la acompañaban, no la dejaban, sin embargo, un solo momento.

Uno de los viajantes de comercio dio un suave codazo al compañero que estaba junto a él.

—Oye, ¿a ti qué te parece? ¿Quiénes serán esos tres tipos que la están escoltando?

—Sus guardaespaldas, seguro.

Otro viajante intervino.

—No. Para mí que son sus hermanos.

—Pues no se parecen.

Fuera como fuera, la preciosa muñeca subió a la diligencia. Los tres que la acompañaban subieron con ella.

Los demás fueron colocándose a continuación.

Era una diligencia de las llamadas «galeras», con gran capacidad y numerosos asientos. Tres dobles filas de caballos tiraban de ella, y su velocidad era poca. Pero había que tener en cuenta que el trayecto no resultaba demasiado largo.

En el viaje hasta Devils Lake consumía unos cinco días.

Todos se fueron acomodando, pero quedó un asiento. Eso era algo extraño, ya que normalmente aquella diligencia viajaba siempre completa.

Uno de los corredores de comercio habló con el mayoral a través de la puerta.

—Creí que esto iba lleno, James.

—Sí, pero falta un viajero.

—¿Cómo no ha llegado aún?

—Me ha dicho que esperara un minuto.

Volvió la cabeza y murmuró:

—Justo. Ahí llega.

En efecto, un hombre se acercaba caminando por el porche contiguo, donde estaba el saloon. No se daba demasiada prisa, pese a que la diligencia estaba esperando por él.

La mayor parte de los que se encontraban junto a la puerta le miraron porque, realmente, era un tipo que llamaba la atención.

Muy alto y extraordinariamente fuerte, su camisa parecía insuficiente para contener sus hombros cuadrados y su recia musculatura. Sin embargo, no parecía uno de esos hombres que

usan normalmente la violencia. Más bien daba la sensación de estar un poco aburrido, como esos fulanos que se pasan media vida hundidos en sus pensamientos.

El mayoral le llamó:

—Eh, señor Mark…

—¿Qué hay James?

—¿Aún no ha terminado?

—No. Tuck no ha aparecido aún.

—Resulta extraño, porque ese Tuck es muy puntual. Quizá se haya arrepentido.

—No. Ése es de los que no se arrepienten nunca.

Alzó un poco la cabeza y murmuró:

—Mira. Ahí viene.

En efecto, otro hombre se acercaba por el lado opuesto del porche. También era muy alto y muy fuerte. No se veía apenas su rostro porque llevaba el ala del sombrero muy inclinada sobre los ojos, para resguardarlos de los últimos y moribundos rayos del sol. Al igual que Mark, también llevaba un revólver.

Los dos se detuvieron. Estaban separados por unos nueve pasos.

Mark murmuró:

—La diligencia está esperando, Tuck.

La voz de Tuck sonó helada y suave como el filo de una cuchilla al responder:

—Muy bien. La diligencia está esperando: Ahora sólo falta saber quién de los dos la tomará.

—Tienes la oportunidad de averiguarlo, Tuck. Sólo hay un asiento, y nosotros somos dos.

—De momento…

Los dientes de los dos hombres rechinaron casi a la vez.

Sus cuerpos se inclinaron hacia adelante. Era fácil comprender que los dos tenían análoga técnica, como si hubieran aprendido en la misma escuela.

Todo dependía de la rapidez. Todo dependía de esa décima de segundo en que unos nervios bien templados pueden decidir entre la vida y la muerte.

Se oyó un solo disparo.

Todos vieron como una leve nubecilla de humo parecía flotar por unos instantes en torno a la figura de Mark. Tuck se contorsionó

en el mismo instante en que iba a apretar el gatillo. El revólver giró entre sus dedos, mientras él parecía ir a girar también. Lanzó un leve grito y se desplomó hacia atrás.

Una mancha roja se recortó en su camisa a la altura del corazón.

Mark pareció estar atento durante unas décimas de segundo más, por si era necesario disparar de nuevo. Pero no hizo falta.

Tuck había sido alcanzado mortalmente. Su cuerpo resbaló desde el porche hasta el polvo de la calle.

Mark guardó el «Colt».

Subió a la diligencia y ocupó el asiento vacío, mientras decía a James, el mayoral:

—Todo listo. Podemos arrancar…

La diligencia dejó atrás las últimas casas de Sioux Falls y empezó a ganar velocidad mientras rodaba hacia el Oeste.

En el interior de la caja, se había hecho un espeso silencio, sólo roto por el traqueteo de las ruedas y el chirrido de las ballestas.

Todos los ojos estaban posados sobre Mark, el último viajero en subir a la diligencia.

Éste, según vieron ahora, tenía las facciones regulares, los ojos grises y aparentaba unos veinticinco años. Vestía como un vaquero normal, pero con ropas nuevas y escrupulosamente limpias.

Él parecía no fijarse en nadie.

Sólo su mirada, al cabo de largos minutos, pareció posarse en la muchacha, que estaba sentada frente a él.

No pareció llamarle demasiado la atención, al contrario de lo que había ocurrido con los demás hombres, que aún la devoraban con los ojos. Las dos bailarinas, a pesar de que cruzaban y descruzaban continuamente las piernas, no conseguían que se les dirigiera una sola mirada.

Los tres tipos que acompañaban a la chica tenían también los ojos clavados en él.

—Fue un buen tiro —dijo uno de ellos—, pero yo hubiese apostado a que le enviaba la bala a la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque si no llega a matarle instantáneamente, el otro hubiera disparado también. Y no parecía uno de esos tipos a los que les tiembla el pulso.

Mark asintió.

—No, no le temblaba.
—Entonces tuvo usted suerte. Era muy difícil acertarle en mitad del corazón y matarle en el primer instante.
Mark dijo ambiguamente:
—Son cosas que pasan.
—¿Por qué lo mató?
—Ya lo vio usted —dijo Mark, encogiéndose de hombros—. Sólo había un asiento…
Y se cruzó de brazos, echándose el sombrero sobre los ojos, para dormir tranquilamente un rato.
Aquella noche tenían que dormir en Mitchell, a no demasiada distancia del río Missouri.
Cualquiera hubiese pensado que el horario de la diligencia estaba muy mal calculado. Saliendo de Sioux Falls unas horas antes, hubieran podido alcanzar el río ya en la primera jornada, mientras que así hacía inicialmente un trayecto más corto. Pero ya se sabe que los negocios tienen su secreto. El concesionario de la línea de diligencias era dueño de un hotel en Mitchell, los viajeros, quieras o no, tenían que hacer gasto en él la primera noche.
Antes de llegar a Mitchell, se pasaba por una pequeña población llamada Emery.
El hombre que había hablado antes con Mark, un tipo que era un verdadero gigante y que llevaba un «Colt» último modelo, se asomó por la ventana.
—¡Eh, James…!
El mayoral giró un poco sobre el pescante.
—¿Qué pasa?
—¿Cuándo llegamos a Emery?
—Faltan cinco minutos. Ya se ven las luces.
—Quisiera parar allí.
James hizo una mueca.
—No podemos. No es parada reglamentaria.
—Se ganará usted diez dólares.
—¿Por qué? ¿Tanto interés tiene?
—He de hacer un pequeño encargo. Y son sólo cinco minutos.
—Bueno, como quiera. Si no se entretiene…
La diligencia se detuvo a la entrada de la población. Nadie esperaba que parase allí, y por eso se formó enseguida un grupo de

curiosos. El gigantón se apeó.

A muy poca distancia había un saloon.

—¿Alguien ha visto a Gurt? —masculló.

—Sí —le contestó uno de los curiosos—. Está ahí dentro, en el saloon. Armando camorra.

—Es lo menos que podía esperar.

Avanzó hacia la puerta y empujó los batientes con el pecho.

Mark pareció despertarse entonces, sorprendido por la inmovilidad de la diligencia. Echó el sombrero hacia arriba, descubriendo sus ojos, y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Un viajero ha querido detenerse —murmuró uno de los corredores de comercio.

—¿Por qué?

—Eso no lo sé, pero puede verlo usted mismo. Está en ese saloon de ahí enfrente.

A Mark pareció picarle la curiosidad.

Descendió del carruaje y empujó también los batientes del local.

Llegó a tiempo de ver al hombre con quien había hablado antes, el cual estaba junto a la barra, a unos seis pasos de otro que le miraba fijamente. Todo el mundo se había apartado, y bastaba ver la actitud de ambos para comprender que lo que se aproximaba iba a tener olor a pólvora.

Casi entrecerró los ojos al adivinar el momento en que iban a disparar. Hubo que adivinarlo, porque entre los dos hombres no había mediado una sola palabra.

Sonó una detonación.

El que estaba al fondo del saloon se llevó las manos al corazón, mientras soltaba el revólver. Una terrible mancha roja se empezó a formar sobre su camisa.

El vencedor no necesitó disparar otra vez. Su enemigo estaba bien liquidado.

Guardó el «Colt» y salió, sin mirar a nadie de los que aguardaban en el saloon, conteniendo casi la respiración.

Caminó hacia la diligencia y miró a James, que estaba en lo alto del pescante.

—¿Cuánto ha transcurrido, amigo?

—Cuatro minutos.

—Entonces me sobra uno. Espere.

Y escupió tranquilamente al suelo.

Cuando iba a poner el pie en el estribo, para subir de nuevo a la diligencia, Mark le alcanzó.

—He visto como dispara su petardo —dijo.

—¿Y qué le ha parecido?

—Muy bien, pero se hubiera arriesgado menos tirando a la cabeza.

—He hecho lo mismo que usted. Fue usted quien me dio la idea, ¿sabe? Y he tardado el mismo tiempo.

Mark ocupó de nuevo su asiento, se encogió otra vez de hombros y volvió a echarse el sombrero sobre los ojos, para seguir durmiendo, mientras murmuraba:

—Empate…

Mitchell era una importante ciudad comercial donde se notaba ya la influencia del río Missouri. Muchas de las mercancías que bajaban por aquel importante curso fluvial, se vendían allí. Había establecimientos bien surtidos, e incluso lujosos. Si uno quería comprar buenas pieles, era seguro que en Mitchell las encontraría durante todo el año.

Pero ahora, en otoño, habían empezado ya las primeras heladas. El viento que llegaba de Dakota del Norte era gélido cuando el mayoral gritó:

—¡Pueden descender, señores! ¡Hemos llegado a Mitchell!

Todos empezaron a apearse.

Hubo un momento de expectación cuando descendió la muchacha que iba con los tres hombres, por si enseñaba algo. Pero sus admiradores no le vieron más que el tobillo.

El hotel en que iban a alojarse no era malo. Tenía tres pisos, y se notaba que contaba con una buena clientela, procedente, sobre todo, del cercano río. No había camareros, sino camareras guapas y atentas. Más de un pasajero que tenía billete hasta Devils Lake terminaba el viaje allí porque perdía la diligencia a la mañana siguiente.

Todos encargaron sus habitaciones. Mark pudo conseguir una individual, y en cuanto a la chica tuvo que alojarse con los tres hombres que la acompañaban.

Mark, que había cenado ligeramente, subió a su habitación para disponerse a dormir. La etapa del día siguiente tenía que ser bastante pesada, al menos para él.

Su cuarto estaba al final del pasillo, precisamente junto al de la muchacha y sus tres acompañantes. Ése era un detalle en el que él no se había fijado demasiado, quizá porque la muchacha parecía importarle poco, a diferencia de a los otros.

Pero mientras subía oyó las voces.

—¡No me casaré con él! ¡No y mil veces no!

—¡Tú no tienes que decidir nada!

Era la voz de la muchacha la que había hablado en primer lugar, y era el vozarrón de uno de los hombres el que respondía.

—¡Jamás llegaré a Devils Lake! ¡Soy capaz de arrojarme de la diligencia por el camino!

—¡Calla estúpida!

—¡Yo puedo hacer con mi vida lo que quiera! —protestaba la muchacha.

—¡Tú eres menor de edad!

—¡Pero nadie me puede obligar a que me case a la fuerza!

De pronto se oyó otra voz:

—¡Basta de discusiones!

Un seco golpe y un gemido.

Mark que había empezado a caminar por el pasillo, murmuró:

—Vaya, esto se pone mal.

Pero la verdad era que todo aquello le importaba muy poco.

De repente la puerta se abrió y la muchacha salió al pasillo. Estuvo a punto de tropezar con él.

—Perdone…

Fue a alejarse. Sus ojos estaban empañados por las lágrimas. Todo su hermoso cuerpo temblaba.

Mark murmuró:

—Parece que ha tenido un contratiempo. ¿Puedo ayudarla?

—Nadie puede ayudarme. Déjeme.

—Lo haré cuando usted se tranquilice un poco. ¿Puedo saber adónde va?

—Eso no le importa a nadie.

Mark sonrió con indulgencia, pero sin demostrar tampoco demasiado interés.

—Aunque no lo crea, me importa. Puede usted hacer una tontería, y esta ciudad es peligrosa. ¿Por qué no toma una copa antes? Cualquier cosa que haya podido sucederle tiene un remedio, si usted se molesta en buscarlo con calma.

Ella le miró fijamente, casi burlonamente.

—¿Una copa con usted? —preguntó.

—¿Por qué no?

—Porque todos los hombres son iguales.

—¿En qué sentido?

—Después de tomar la copa, usted me dirá que tengo los ojos muy bonitos. Y todo lo demás.

Mark rió alegremente. Su risa fue tan indiferente, en cierto modo tan despectiva, que desorientó a la mujer. Ella le miró sorprendida, sin entenderle.

—Si espera eso, puede irse desengañando, hermanita. Me tomaré la copa yo solo.

La muchacha se mordió nerviosamente el labio inferior.

—Bueno —dijo confusamente—. Tal vez me haya confundido. Acepto esa copa, siempre que sea en un lugar donde no haya demasiada gente.

—En el primer piso hay un bar. He pasado hace un momento por delante y he visto que no había nadie.

—Bien. Vamos.

Cuando estuvieron en el rincón más discreto de la barra, observados de reojo por la camarera de turno, y cuando hubieron bebido cada uno un sorbo de su copa. Mark preguntó:

—¿Quiénes son ellos?

—Mis hermanos.

—Lo había imaginado. Pero parecen unos bestias, ¿no?

—Sólo uno. El que mató a aquel hombre en Emery.

—¿Cómo se llama?

—Lyndon.

—¿Sabe por qué lo mató?

—Una vieja cuestión sin importancia. Parece que discutieron hace un año.

Mark arrugó la nariz.

—Diablo.

—Lyndon es de los que no olvidan una ofensa. Por mucho

tiempo que haya pasado, él siempre cumple su venganza.

—¿Y los otros?

—Son algo más pacíficos. ¿Se ha fijado en el que lleva siempre un libro bajo el brazo?

—Sólo en cierto modo. ¿Qué le pasa a ése?

—Le gusta estudiar. Se llama Dean.

—¿Y el otro?

—¿El que siempre juega con un cuchillo?

—Tampoco me he fijado —reconoció Mark. Y verdaderamente era cierto. Apenas había puesto atención en nadie.

—Ése se llama Mac. Las armas blancas son su debilidad. Siempre sueña con ellas.

—Pues tiene usted tres hermanitos que son tres joyas.

Ella bebió un nuevo sorbo de licor, mientras sus ojos se perdían pensativamente en un punto indefinible del local.

—No puedo cambiarlos —dijo.

—¿Todos son del mismo padre y de la misma madre?

—Sí. ¿Por qué pregunta eso?

—Es que no se parecen a usted.

—Desde luego, no se parecen en nada. Pero ésas son cosas que ocurren a veces.

Mark terminó de vaciar su copa.

—La que no me ha dicho su nombre es usted. Seguimos siendo unos desconocidos.

—Yo me llamo Linda.

—Y yo Mark.

Sonrió afablemente, demostrando interés por primera vez desde que iniciaron el viaje.

—En otras circunstancias, le diría que estoy encantado de conocerla —susurró Mark—, pero me parece que ahora usted está pasando por un mal trago. ¿A qué se debe?

—Quizá lo ha oído a través de la puerta.

—Algo así como que querían casarla a la fuerza, ¿no?

—En efecto. Para ellos es un gran negocio. Esperan poder vivir los años que les quedan sin dar golpe ni tener que doblar la espalda.

—¿Y cómo esperan lograrlo? ¿Creen que el futuro marido de usted va a mantenerles?

—Eso es. Piensan que les dé un cargo de ésos en que se cobra

pero que no se trabaja.

—El hombre con quien quieren casarla debe ser muy rico.

—Mucho. El más rico de Devils Lake y toda su comarca. Mark entrecerró los ojos un momento.

—¿Halloran? —susurró.

—Sí. ¿Cómo lo ha sabido? ¿Acaso lo conoce?

El chasqueó dos dedos en el aire mientras decía pensativamente:

—Claro que lo conozco. Ahora trabajo para él…

CAPÍTULO II

James, el mayoral, explicó:

—Llegaremos al río Missouri por Chamberlain, en el condado de Brule. Es una población no demasiado grande, donde nos detendremos una hora. Creo que esta parte del viaje no les resultará muy desagradable, porque el camino es bueno.

En aquel momento salía Mark.

Parecía muy fresco y descansado, después de dormir como un tronco toda la noche.

Se detuvo ante James.

—Oiga, ¿pararemos en Chamberlain?

—Sí, ahora mismo lo estaba diciendo. Una hora. ¿Tiene algo importe que hacer allí?

—Sí, muy importante. Pero con una hora me bastará; gracias.

Se acomodó en su asiento. No había subido ningún nuevo viajero, porque la diligencia iba completa. Se fijó entonces bien en los tres hermanos Custer, que eran exactamente igual a como ella los había descrito la noche anterior.

La muchacha, la que le había dicho llamarse Linda Custer, le miró significativamente.

De los tres hermanos, Lyndon encajaba las mandíbulas fieramente y parecía estar rumiando alguna otra venganza, mientras maquinalmente acariciaba su revólver. Dean, algo menos forzudo que él, estaba embebido en la lectura de un grueso volumen del que no se separaba nunca, aunque debía progresar muy poco en la lectura, porque apenas doblaba la página cada tres cuartos de hora, y de vez en cuando volvía a empezar. En cuanto a Mac, había sacado un cuchillo y lo afilaba incesantemente con un pedernal, produciendo un molesto chirrido.

Linda susurró, mirando a Mark:
—¿Dice que tiene usted trabajo en Chamberlain?
—Sí. Y bastante importante.
—¿Quizá piensa matar a alguien?
—No, de ningún modo.

Como había dicho James, el camino era bueno. La diligencia avanzaba rauda y cada vez se notaba con mayor intensidad, a causa de los campos verdes, la proximidad del gran río. El cielo estaba despejado y el sol brillaba intensamente, pero el viento gélido seguía llegando de Dakota del Norte.
Las dos bailarinas estaban muy quejosas.
—Vamos a tener que ponernos medias de lana.
—¡Qué lástima! ¡Con lo bonitas que son éstas!
—¡Y tan finas!
Estaban enseñando todo lo que podían enseñar, a fin de constituirse en el centro de atracción de todos los hombres que viajaban allí, pero no tenían éxito. Las miradas estaban presas en el rostro y el cuerpo de Linda, que no enseñaba nada.
Una murmuró:
—Sí que tiene éxito esa mosquita muerta…
—Pues por la cara que pone, yo diría que van a casarla con algún sioux, o algo así…
James gritó desde el pescante:
—¡Chamberlain!
Todos miraron por las ventanillas. Se veían casas blancas y huertas prósperas, que se beneficiaban de la proximidad del río. A pesar del otoño, su verde seguía siendo magnífico. Otra diligencia que salía se cruzó con ellos, y sus mayorales se saludaron.
Mark extrajo un reloj de acero, alzó la tapa y consultó la hora. Al mirarla, sus facciones reflejaron una expresión inquieta.
—Llegamos con diez minutos de retraso —murmuró.
—Usted ya sabía que parábamos en Chamberlain —susurró Linda, mirándole con curiosidad—. Las etapas están señaladas en la pizarra. ¿Por qué lo preguntó?
—Quería estar seguro.
—¿Le interesa mucho lo que va a ocurrir aquí?
—Mucho. No puede imaginarse cuánto.
La diligencia avanzaba ahora dificultosamente por las calles de

la población. Eso no era normal, pues Chamberlain tenía unas calles lisas y anchas. Pero esa tarde avanzaban muchas personas en una misma dirección, y eso dificultaba la marcha del carruaje.

El mayoral hacía chascar el látigo y al mismo tiempo tiraba de las riendas.

—¡Sooooo!… ¡Y ustedes apártense de una vez, imbéciles! ¿Quieren que los caballos se les ensucien encima?

Dean levantó por primera vez los ojos del libro para preguntar extrañado:

—¿Qué ocurre? ¿Dónde va tanta gente?

—Habrá un combate de boxeo —dijo alguien.

—No, no puede ser eso. Aún no hay tanta afición por aquí.

—Pues entonces una ejecución…

—¡Ajá! ¡Eso es! ¡Una ejecución!

En efecto, todo el mundo estaba entrando por unas anchas puertas sobre las cuales se leía: «Cárcel del condado». Esas puertas daban a un patio en el que se alzaba un patíbulo.

Se oía ya un sordo rumor.

Era evidente que el condenado estaba llegando junto a la horca. Faltaba muy poco para que no fuese más que un pobre despojo colgando de una cuerda.

Mark asomó la cabeza por la ventanilla.

—Eh, James… ¡Pare!

—Eso es lo que de todos modos iba a hacer. ¡Infiernos, no le dejan avanzar a uno!

El carruaje se detuvo. Mark se dispuso a saltar al exterior, justo en el momento en que Linda decía:

—¡Oiga! ¡Usted me ha prometido que me enseñaría lo que iba a hacer!

—No se preocupe. Creo que va a verlo todo el mundo.

Ágilmente, se encaramó sobre el techo del carruaje. Desde allí, a muy poca distancia de las puertas, distinguía perfectamente el patíbulo y lo que iba a suceder en él.

Dos hombres estaban ya sobre la siniestra tarima. Uno era el verdugo, el otro el condenado.

A éste se le acababa de ajustar ya la cuerda al cuello. Faltaba muy poco para que el instante fatal se produjera.

El verdugo avanzó hacia la palanca que movería la trampilla.

Fue a tocarla.

Un instante de espeso, de terrible silencio se había producido en el gran recinto donde la ejecución iba a tener lugar. Diríase que el público había contenido la respiración.

Todos los ojos estaban inmóviles en la figura del verdugo y en la del condenado. En una para verla mover la palanca; en la otra para no perderse detalle de su terrible salto al vacío, que era tanto como decir su salto a la muerte.

Nadie se fijaba en otra cosa que no fuera aquello. Si cada espectador hubiese tenido a su lado un caimán con las fauces abiertas, no lo habría notado siquiera.

Por eso nadie miraba a Mark.

Por eso nadie notó que descolgaba el rifle del mayoral y que apuntaba fijamente hacia el patíbulo, concretamente hacia la figura del condenado.

El verdugo movió la palanca. Se oyó un alarido, y con el alarido sonó un disparo.

La cuerda, que ya estaba tensa, recibió de lleno el impacto del plomo. Se partió por la mitad.

Y el condenado cayó sano y salvo por la trampa, hacia las profundidades del patíbulo, sin sufrir daño alguno.

El alarido se repitió.

Todos los rostros se volvieron hacia donde estaba Mark, con el rifle todavía humeante.

CAPÍTULO III

Por unos momentos el estupor reinó en aquella masa humana. Docenas de hombres y mujeres parecieron petrificados por lo que acababa de suceder. Mark aprovechó ese momento. Era evidente que no podía tratar de salvar al condenado, sacándolo de aquel patíbulo rodeado de gente. En apariencia, lo que acababa de hacer era incomprensible del todo. Pero de pronto se oyó su voz:

—¡Eh, *sheriff*! ¡Venga aquí *sheriff*, maldita sea!

Todo aquello pareció más increíble aún a los que presenciaban la escena. ¿Por qué aquel tipo, después de salvar a un condenado a muerte, llamaba al *sheriff*? Pero en realidad Mark había calculado muy bien aquella frase. Llamando al *sheriff*, evitaba que todos pensasen que era un amigo del condenado a muerte.

Entre aquella masa estupefacta y aturdida, se abrió paso un hombre que llevaba una estrella al pecho.

Y a empuñaba los revólveres, con los que parecía dispuesto a disparar.

—¿Quién infiernos es usted? ¡Ríndase o le vuelo la cabeza! ¡Hoy vamos a ahorcar a dos hombres en lugar de uno!

Mark alzó los brazos, tras soltar su rifle.

—Ya me he rendido, Donovan.

Donovan, el *sheriff*, abrió mucho la boca, mientras miraba asombrado al hombre que estaba encaramado en lo alto del carruaje. De pronto exclamó, como si no quisiera creerlo:

—¡Mark!

La multitud empezaba a arremolinarse en torno a ellos. Gritaba y maldecía. Pero la voz del *sheriff* logró imponerse sobre todas las demás al gritar:

—¿Por qué infiernos has venido? ¿Qué haces tú aquí, un agente

del gobierno? ¿Te has vuelto loco?

—No, no lo estoy. Simplemente tienes que entregarme a Percy, ese maldito condenado. Traigo una orden.

—¿Y para eso has tenido que disparar?

—¿Qué querías que hiciera? La diligencia ha llegado con diez minutos de retraso. Un poco más y lo dejáis seco. Y muerto ya no me sirve para nada.

El *sheriff*, que había guardado los revólveres, se pasó una mano por la boca.

Estaba asombrado y contrariado, al igual que todo el mundo, pero no dudaba de que Mark decía la verdad. De modo que gruñó, con una mueca de fastidio:

—¿Adónde vas a llevarte a Percy?

—A Dakota del Norte.

—¿Y para qué?

—Tiene que prestar declaración en un juicio contra el pistolero Sanders. Sólo él puede desenmascararlo, porque ha sido testigo de varios de sus crímenes. Luego os lo devolveré para que sea ahorcado.

—¡Percy no hará eso! ¡No declarará contra su compinche!

—Sí que lo hará, porque los dos son enemigos. Y el único modo de acabar con Sanders es llevarme a Percy.

Uno de los que estaba cerca gritó:

—¡Eso es mentira!

—¡Lo que quiere es salvarlo!

—¡Nunca veremos ahorcado a Percy si ahora se lo lleva!

—¡Malditos sean los dos! ¡Hay que lincharlos ahora mismo!

Los gritos iban arreciando. La tormenta amenazaba convertirse en una verdadera tempestad.

El *sheriff* Donovan aulló:

—¡Mark no miente! ¡Lo conozco desde hace muchos años! ¡Si él trae una orden del Gobierno, no queda más remedio que cumplirla!

Un tipo gordo que estaba cerca del carruaje masculló:

—¡Qué Gobierno ni qué cuernos! Lo que yo quiero es que haya aquí una buena ejecución ¡Y vamos a tenerla!

Intentó llegar hasta el techo del carruaje, trepando por la rueda trasera.

El *sheriff* lo hizo caer de una bala enviada contra el sombrero.

No lo hirió, pero cuando el gordo cayó a tierra lo hizo con la sensación de que la bala lo había dejado calvo.

Aquella actitud enérgica del *sheriff* hizo que todos callaran. Un silencio total, que casi parecía poder palparse, se hizo en el inmenso recinto.

Mark extrajo calmosamente un papel doblado de uno de los bolsillos de su cazadora de piel.

—Toma, Donovan, aquí está la orden.

El *sheriff* la cazó al vuelo, la desdobló y la leyó. Una expresión gris fue cubriendo su semblante.

—De acuerdo —dijo—, no puedo negar que la orden es auténtica. ¿Cómo vas a llevarte a Percy?

—En la misma diligencia.

—¿Sabes que eres responsable de él? Supongo que has leído bien esta orden.

—Me la sé de memoria. Respondo de este tipo con mi cabeza. Y he de devolverlo a la ciudad de Chamberlain vivo para que sea ahorcado o muerto. Eso es lo que dice la orden.

—Si fallas, seré yo mismo quien te mate, Mark —masculló el *sheriff* Donovan.

—Nunca he fallado hasta ahora —dijo Mark—. Dentro de dos semanas volveré a estar aquí con ese tipo.

El *sheriff* Donovan hizo una seña.

Sus ayudantes ya habían vuelto a capturar a Percy quien, por descontado, no había tenido la menor posibilidad de huir, encerrado como estaba debajo del patíbulo. Seguía con las manos atadas a la espalda, y lo único de que le habían librado era de la cuerda que poco antes ceñía su cuello.

Todo un tipo, aquel tal Percy. Sólo hacía falta verle la cara.

Tenía las facciones más pétreas e inflexibles que los de la diligencia habían visto jamás. Sus ojos entrecerrados eran todo un poema de maldad, de astucia, de refinamiento. Era uno de esos fulanos a los que ponen delante de un jurado y sus miembros empiezan a gritar: «¡Culpable! ¡Culpable!», sólo al verle.

Clavó en Mark una mirada donde no se leía la menor gratitud, pese a saber que gracias a él estaba vivo por el momento. Más bien dio la sensación de que calculaba cuánto iba a durarle aquel agente del Gobierno. No en vano había despachado ya a tres de ellos, en

situaciones similares a aquélla.

Mark descendió del techo.

Sujetó a Percy por el cuello de la camisa, mientras la portezuela de la diligencia se abría y aparecía en ella uno de los viajantes de comercio, que estaba muy pálido.

—Ahora recuerdo que mi billete termina en Chamberlain —dijo precipitadamente.

El mayoral gritó:

—¡Eh, amigo! ¡Si usted tiene pasaje hasta Devils Lake!

Pero el otro ni se enteró. Salió de allí volando.

Mark empujó al condenado hacia el interior del vehículo.

—Ya sabía yo que iba a quedar un asiento libre —dijo—. Lo que me extraña es que no hayan quedado más.

El *sheriff* Donovan apremió:

—¡Vamos, Mark! ¡Lárgate pronto! ¡Pronto! ¡Antes de que esta gente nos ahorque a todos!

En efecto, el «respetable público» de la ciudad de Chamberlain empezaba a lanzar aullidos al ver que la fiesta se la estaban pasando por agua.

La diligencia arrancó.

Docenas de puños cayeron sobre ella, golpeándola, mientras otros intentaban volcarla.

—¡Al diablo con las órdenes del Gobierno!

—¡Percy es un condenado!

—¡Queremos ahorcarlos a todos!

El mayoral James hizo chascar el látigo varias veces, lanzando los caballos al galope para lograr pasar por entre aquella multitud enardecida.

Al fin lo consiguió, en parte gracias a los esfuerzos del *sheriff*, que iba tumbando con «cariñosos» puñetazos a los más exaltados. La diligencia halló vía libre, y los caballos parecieron desbordarse durante unos instantes, hasta dejar Chamberlain atrás.

Dentro del carruaje, los viajeros bailoteaban a causa del traqueteo y de la velocidad excesiva. Percy, con las manos atadas a la espalda, miraba fijamente a Mark. Diríase que aún se seguía preguntando cuánto tiempo tardaría en acabar con él.

Uno de los viajeros protestó de repente:

—¡Oiga! ¡Nosotros no tenemos obligación de soportar a

verdaderos asesinos como compañeros de viaje! ¡Saque a ese tipo de ahí!

Una de las bailarinas murmuró:

—Además es feo.

—Todos los concesionarios de diligencias están obligados a hacer transportes por cuenta del Estado. Y este… fulano es un «transporte», les guste a ustedes o no.

—¿Y hasta dónde lo lleva?

—Hasta Devils Lake.

—¡Infiernos! ¡Vamos a tener que aguantarlo hasta el final!

—No se preocupen, no molestará demasiado.

Percy despegó entonces los labios por primera vez. Lo hizo para sonreír secamente.

—No se preocupen, no llegaré hasta el final —dijo—. Mataré a este hombre antes de que la diligencia haya recorrido cien millas.

CAPÍTULO IV

La diligencia iba siguiendo el curso irregular del río, en dirección a Pierre, la capital de Dakota del Sur.

Allí estaba decidido que se pasaría la noche. El descanso iba a ser bastante largo, antes de la jornada del día siguiente.

Todos los viajeros estaban en silencio. Hasta las bailarinas habían dejado de coquetear y de hacer exhibiciones de piernas. Los hombres se fijaban menos en Linda y bastante más en el asesino Percy, cuya presencia allí les intimidaba. Tenían la sensación de que iba a liberarse en cualquier momento de sus ligaduras y acabar con ellos.

Por eso hubo un gesto colectivo de alarma cuando Percy preguntó, rompiendo su prolongado silencio:

—¿Vas a tenerme así, sujeto, durante toda la noche, Mark?

—¿Qué quieres decir?

—Que si en Pierre voy a tener que dormir también con las manos atadas.

—No, hombre, no. Allí estarás suelto.

Uno de los viajantes de comercio masculló:

—Oiga, ¿qué es lo que pretende? ¿Que este tipo nos rebane el pescuezo a todos?

—No se preocupe, yo me hago responsable de él.

—¿Dónde dormirá?

—En mi habitación. Y no saldrá de allí.

—Cuerno, ¿pero y si sale?

—Si lograra salir, su única obsesión sería poner tierra de por medio. Percy no tiene interés en matar a nadie más. ¿Verdad que vas a ser buen chico, Percy?

El asesino rió silenciosamente.

Diríase que todo aquello le divertía, y que consideraba las ligaduras como algo provisional, de lo que conseguiría liberarse pronto.

—Sí… Buen chico. Siempre lo fui, qué caramba…

Y volvió a reír suavemente, mientras los ojillos se clavaban en todos los rostros, uno por uno, como si tratara de decidir quién iba a ser su primera víctima.

Todos, al notar aquella mirada, sintieron que se les iba quedando helada la sangre en las venas.

Bueno, todos no. Mark, por ejemplo, ya sabía de qué pie cojeaba Percy y por tanto no se impresionó. Y en cuanto a los hermanos Custer, más bien parecieron divertirse.

Lyndon murmuró:

—Me gustaría que se desmandase, para poder liquidarlo yo mismo. Después de matar a tanta gente que no tenía culpa de nada, no saben el gusto que me daría apiolar a un verdadero condenado a muerte.

Llegaron sin novedad a Pierre.

Pese a ser la capital, no tenía mejor aspecto que otras ciudades de la ruta. Había en ella muchas casuchas de madera y muchos establecimientos de baja estofa. Diríase, además, que acababa de llegar allí una manada de pistoleros, a juzgar por el aspecto de los tipos que se veían por la calle.

La diligencia se detuvo.

Las dos bailarinas lanzaron grititos.

—¡Uy, qué frío hace!

En efecto, el viento que llegaba de Manitoba y atravesaba Dakota del Norte, se arremolinaba en las calles de Pierre, capital de Dakota del Sur, como si quisiera convertir aquello en un frigorífico. Los hombres andaban con sus sombreros remetidos hasta los ojos y las manos ocultas en los bolsillos de sus chaquetones de piel.

Pese al aspecto más bien sórdido de la ciudad, el hotel era bueno. Su dueño preguntó quién era aquel tipo que viajaba con las manos atadas a la espalda.

—Es Percy —contestó Mark.

—¿El que iba a ser ahorcado en Chamberlain?

—Ujú. Lo estoy trasladando para que comparezca como testigo en un juicio, en Devils Lake.

—No lo quiero aquí. Es capaz de incendiarme el hotel con la gente dentro.

—No le quedará más remedio que aceptarlo, amigo. Traigo orden del Gobierno para el traslado. Yo me hago responsable de él y le prometo que no causará problemas.

—Bueno, si es así…

—Deme una habitación bien segura.

—Hay una con la ventana muy alta y pequeña, de modo que por allí no puede salir nadie. La cerradura también es más sólida que las otras.

—De acuerdo, deme ésa.

Sin hablar con nadie más, subió a la habitación cuya llave acababan de entregarle. Percy vino tras él.

Mark echó una ojeada al cuarto.

Era bueno y parecía seguro. No era fácil que Percy pudiera escapar de allí.

El asesino le miraba burlonamente.

—¿Qué? ¿Va a tenerme atado toda la noche? ¿No ha dicho que me dejaría las manos libres al llegar a Pierre?

—Tendrás que esperar un poco.

—Hombre… Esto es injusto. Al menos podré ir al cuarto de baño, ¿no?

—Podrás hacer todo lo que necesites, y en especial ir al cuarto de baño. Pero yo voy a revisarlo primero. No quiero bromas.

Percy rió burlonamente.

—¿Teme que emplee mis propios pantalones para descolgarme por la ventana?

—Por mi gusto irías sin ellos, si no tuvieras que atravesar el pasillo. Pero vas a aguardar aquí hasta que yo vuelva. Y no hagas el imbécil porque sabes perfectamente que, con las manos atadas, no llegarás lejos.

—Bueno, no se preocupe. Revise lo que quiera…

Mark salió.

El cuarto de baño no estaba lejos de allí, pero había que recorrer el pasillo y doblar un recodo. Todo lo que existía en aquel departamento era muy rudimentario, pero resultaba difícil que alguien pudiera escapar por la ventana, extremadamente pequeña. A Mark le pareció que aquello era bastante seguro y que podía

fiarse.

Regresó a la habitación, abriendo la puerta y entrando en ella.

Tuvo un violento gesto de sorpresa al no ver a Percy.

Y entonces recibió aquel aliento cálido y viscoso en la nuca. Aquel aliento que presagiaba la muerte.

Lo primero que pensó, e incluso quizá llegó a decirlo, fue:

—No seas imbécil, Percy. Tienes las manos ata…

Pero sus pensamientos y su frase quedaron cortados de repente.

Se lanzó a tierra con la velocidad del rayo, hurtando el cuerpo para esquivar la puñalada que acababa de presentir.

La hoja de acero pasó como un rayo, rozando su espalda. Mark sintió en ella el frío de la muerte. Cuando ya estaba en el suelo, giró sobre sí mismo con una rapidez fulminante.

Lo que vio fue como una escena fugaz que apenas llegó a herir sus retinas, tan rápido resultó todo.

Percy estaba ante él, y con las manos libres, no atadas. Eso era inverosímil, porque los nudos que hacen los verdugos no hay quien los suelte. Pero más inverosímil era aún el largo cuchillo «bowie» que empuñaba en su mano derecha, y que sólo el diablo sabía de dónde podía haber sacado.

En todo caso, Mark no tenía tiempo para averiguarlo.

Alzó las piernas justo en el momento en que Percy se lanzaba de nuevo al ataque. Le recibió en sus botas, le impulsó hacia arriba y lo envió al otro lado de la habitación.

Percy lanzó un grito de rabia.

Con un movimiento instantáneo, lanzó el cuchillo desde el borde de la cama. Era un lanzador experto y fuerte que además luchaba por su propia vida. Mark tuvo que apelar a toda su sangre fría y a toda su experiencia para ladearse a tiempo, haciendo que el cuchillo le rozara solamente. El «bowie» se clavó tremolante en una de las paredes.

Luego él pasó a la acción.

Su enemigo, Percy, contaba con una ventaja fundamental, y era el saber que no iban a matarle. Muerto no serviría para declarar en el juicio que había de celebrarse en Devils Lake. Mark necesitaba conservarlo vivo, y él sabría aprovecharse de aquella circunstancia.

—No puedes usar tu revólver —masculló—. ¡Anda, prueba a tirar!

Demasiado sabía Mark que, en efecto, no podía emplear el «Colt». Pero sus puños, grandes y fuertes como mazas de hierro, hicieron el trabajo que hubiera hecho una bala.

Alcanzó a Percy cuando éste se lanzaba hacia él. El terrible chasquido se oyó en toda la habitación.

El uppercut había sido de los que abren cualquier mandíbula. Y el K. O. de Percy resultó fulminante. Puso los ojos en blanco, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y se desplomó inerte como si de pronto se le hubieran roto las piernas.

La puerta de la habitación se abrió.

Un tipo gigantesco dejó que su figura se recortase en el umbral. Era Lyndon.

—¿Cuánto cuentan en el boxeo? —preguntó calmosamente—. ¿Hasta diez?

—Sí, hasta diez segundos exactos.

—Pues a éste se le podrían contar hasta treinta. Ha quedado para el arrastre. ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé exactamente, pero hay algo indudable. Y es que alguien le ayudó.

—¿Quién?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Le desataron y le dieron un cuchillo mientras yo revisaba el cuarto de baño. Un poco más y usted estaría ahora retirando mi cadáver.

Lyndon hizo un gesto de conmiseración.

—Este tipo va a darle demasiado trabajo. ¿Por qué no deja que lo mate de una vez?

—Si quisiera ya lo hubiese matado yo, manejando mi revólver. Pero lo necesito vivo y él lo sabe. No parará de darme disgustos hasta que lleguemos a Devils Lake.

Percy se iba recuperando lentamente. Sus ojos aún estaban nublados cuando se pasó una mano por la mandíbula.

—¿Qué ha sucedido? —barbotó.

Lyndon lo sujetó por la camisa y lo puso en pie a pulso, sin aparentar ningún esfuerzo.

—Eso lo sabrás tú, amigo. ¿Quién te ayudó?

—Están borrachos si creen… que voy a decirlo.

—Pues más te valdría, o te partiré la cara. ¡Me dan asco los asesinos como tú!

Mientras le sujetaba con una mano, alzó la otra para golpearle. Pero Mark lo impidió bruscamente.

—No le maltrate. No tenemos derecho a hacerlo.

—¡Es un puerco asesino!

—Y ha sido condenado legalmente y será ejecutado. No hay por qué complicar más las cosas.

Lyndon soltó a Percy con una mueca de asco y luego se encaró bruscamente con Mark.

—Parece como si usted le tuviera simpatía —increpó—. Como si estuviera contento de haberle salvado.

—Necesitaba salvarle, como luego necesitaré llevarlo a la horca. No he hecho más que cumplir con mi deber.

—Bueno, allá usted. Yo siempre he sido partidario de adelantar trabajo. Si al fin y al cabo hay que matarlo, ¿por qué no ahora? En fin, ¿me necesita para algo?

—No, de momento no. Gracias.

Lyndon se dio cuenta de que el otro le miraba recelosamente.

—Oiga… A lo peor usted cree que he sido yo el que trataba de ayudarle a escapar.

—Yo no creo nada. Y tampoco creo a nadie. Simplemente, he de vigilar día y noche, y eso es todo.

Lyndon salió de la habitación.

Mark sujetó a Percy por la camisa y lo llevó medio a rastras hasta el baño. El otro no opuso resistencia porque aún sentía como si le estrujaran el cráneo. Se encerró en el pequeño departamento y cuando volvió a salir todavía estaba hecho un merengue, sin fuerzas para resistir otro uppercut como el que le había regalado Mark.

—Vas a dormir —dijo éste—. Y te prometo que esta vez no te librará nadie.

Lo arrastró hasta el dormitorio y lo depositó sobre una de las dos camas, sujetándole a los barrotes por medio de unas argollas de que el joven disponía. Se guardó la llave y salió.

Percy se quedó lanzando maldiciones, pero eso iba a servirle de bien poco.

Mark salió a la calle, que estaba muy animada a aquella hora. Como lugar de paso para todos los que vivían del río, Pierre era una ciudad tumultuosa. En todos los saloons había público, y se oían musiquillas, canciones y risas.

La mayor parte de los viajeros de la diligencia habían hecho lo mismo. Cansados de la inmovilidad del carruaje, ahora estiraban las piernas dando una vuelta por la ciudad.

Mark encontró a James, el mayoral.

—La gente se ha dispersado —dijo éste—. ¡Maldita sea! Este viaje va a ser movido. ¡Sólo nos faltaba Percy!

—Procuraré que no estorbe demasiado. En la diligencia se está quietecito. Y para quitarte el mal sabor de boca te invito a un trago, James. Hala, vamos.

Se dirigieron al saloon más próximo. El flujo de gente que entraba y salía era continuo. En un tabladillo actuaban dos bailarinas de escasa categoría. Arriba, en el primer piso, se veían hombres y mujeres en una doble hilera de palcos.

James y Mark se acodaron en la barra.

—¿Qué quieres beber?

—Aquí tienen un *whisky* infernal. Prefiero *brandy*.

—De acuerdo. Yo lo mismo.

Y Mark iba a llevarse la copa a los labios cuando oyó un grito de mujer a su derecha.

Lo que le había salvado la vida muchas veces eran sus reacciones rápidas, instantáneas, fulminantes. Una décima de segundo después ya había lanzado su vaso al aire, inclinándose hacia el suelo. La bala que iba dirigida a su cabeza se empotró en la barra, haciendo añicos la botella.

Mark terminó de arrojarse al suelo. Prácticamente fue a parar bajo la mesa más cercana.

Lo hizo intencionadamente, porque sabía que su enemigo no iba a tardar en disparar de nuevo. La mesa le cubrió Un mazo de cartas que había sobre ella se dispersó en todas direcciones, haciendo que el aire se llenase de naipes multicolores.

Mientras tanto, Mark había visto ya dónde estaba su enemigo. Se encontraba en el primer piso, en uno de los palcos, en compañía de una mujer rubia.

Él volcó la mesa de repente, apareciendo ante su enemigo, pero cuando ya tenía el «Colt» en la derecha.

Lo que ocurrió a continuación fue instantáneo. Los dos hombres se miraron y dispararon casi a la vez.

Se oyó un ronco gemido. El hombre que estaba arriba se

desplomó, rompiendo la barandilla. La mujer rubia se llevó ambas manos a la boca, conteniendo un alarido.

Mark guardó el revólver.

Sabía que su adversario no iba a necesitar ninguna bala más. Y sabía también que ya no debía quedar ningún otro traidor en el saloon, puesto que de haberlo, hubiese intervenido ya, cuando él estaba en posición más crítica.

Se aproximó al caído, cuyo pecho había sido atravesado por el balazo. Entre el hondo y expectante silencio que les rodeaba, James se aproximó también.

—¿Le conocías, Mark?

—No, no le había visto nunca.

—¿Por qué, entonces, crees que ha podido intentar matarte? Parecía como si te esperara.

—Hay una razón sencilla. Debe tratarse de uno de los hombres de la banda de Sanders.

—¿Y qué pretenden?

—Más sencillo aún: Si Percy llega a declarar en Devils Lake, Sanders será condenado a muerte. La solución está en que no lleguemos allí ni él ni yo. Por eso me temo que lo de ahora vuelva a repetirse otras veces.

James se pasó una mano por la boca.

—Pues estamos aviados… Es posible que la diligencia sea atacada por toda la banda.

—Yo respondo de las vidas de todos, James. No temas porque nada va a sucederos.

Volvió la espalda al muerto y murmuró, dirigiéndose hacia la puerta del local:

—Lo malo es que ahora se me ha pasado la sed para una semana…

CAPÍTULO V

Aquella habitación del hotel, destinada a sala de reuniones, estaba en penumbra. Sólo una pequeña lámpara la alumbraba desde uno de sus ángulos. Aquella sala se utilizaba muy poco, y normalmente solo cuando iba a celebrarse alguna boda o alguna otra clase de reunión social.

Mark entró en ella.

Caminaba sin hacer ruido, como si no quisiera molestar a nadie. Se detuvo en el centro de la habitación y miró hacia una de las butacas de terciopelo que había en ésta. Una persona se encontraba sentada allí, mirándole fijamente.

—Sabía que te encontraría en este lugar —musitó Mark.

Linda apenas despegó los labios para contestar:

—¿Por qué lo sabías?

—Porque es el único sitio tranquilo. Y me parece que tú eres una muchacha solitaria y reflexiva, a la que no le gusta demasiado el ruido.

Linda volvió levemente la cabeza.

—¿A qué has venido, Mark?

—Quería darte las gracias.

—Las gracias, ¿por qué?

—Sin ti, ahora estaría muerto. Tú fuiste la que gritó primero en el saloon, cuando iban a tirotearme desde aquel palco.

—Fue instintivo. No tienes que agradecerme nada.

Mark se sentó en la butaca contigua, mirando fijamente a Linda, cuyos cabellos brillaban quedamente en la semioscuridad.

—Estoy en deuda contigo —musitó—. No he querido decirte antes nada porque los bestias de tus hermanos estaban allí, pero me gustaría ayudarte. Siento mucho lo que ocurre.

Ella suspiró con desaliento.

—Nadie puede ayudarme en nada. Más vale que olvides eso.

—¿Por qué quieren que te cases con Halloran?

—Ya te lo dije: Porque esperan sacar mucho dinero con semejante matrimonio. Para ellos es una especie de venta.

—Sí, ya me lo dijiste. ¿Pero no habría modo de convencerles?

Ella rió con pesadumbre, con una especie de burla amarga, que iba dirigida hacia sí misma.

—¿Crees que hay alguien que convenza a esas tres bestias? ¿Piensas que una sola idea ha penetrado alguna vez en sus cabezotas, si no ha sido clavándosela con un martillo?

—Lo comprendo, pero…

Y Mark añadió impulsivamente, casi sin darse cuenta:

—Podría ayudarte a huir.

—No digas tonterías. Quizá podrías ayudarme a huir si estuvieses solo, pero bastante trabajo vas a tener para llevar a Percy hasta su destino. Si es cierto lo qué dijiste en el saloon, van a intentar matarlo a él tanto como a ti, y tú respondes de su vida. No vas a poder distraerte ni para mover un dedo.

—Eso es cierto —reconoció Mark, muy a pesar suyo—, pero me cuesta trabajo tener que aceptarlo. Y además hasta para los peores problemas hay siempre una solución.

—Para éste no, porque ¿adónde podría ir sola una chica como yo?

Mark reconoció que era cierto.

No veía salida para el problema de Linda, a no ser que los Custer cambiaran de opinión. Pero eso, al parecer, era muy difícil, por no decir imposible.

Ella musitó, al cabo de unos instantes de reflexión, que ambos dejaron transcurrir en silencio:

—Hay algo que me preocupa y que no entiendo. ¿Por qué me dijiste que ahora estabas al servicio de Halloran?

—Porque es cierto. Él ha pedido ayuda al Gobierno.

—¿Para qué?

—Verás… Como primer contribuyente de la comarca, y hombre de gran influencia política, Halloran tiene derecho a algunas atenciones especiales. Por ejemplo, si un tipo con mucho dinero nos pidiera protección simplemente porque sí, le enviaríamos al

infierno, o como máximo le diríamos que se dirigiera a los detectives privados de la agencia Pinkerton. Pero Halloran es distinto. Apoyó al actual presidente en su campaña electoral, y son grandes amigos. Por eso bastó que él pidiera ayuda para que me enviasen a mí.

—¿Ayuda? ¿Qué le sucede?

—Va a vender algunas de sus tierras. Y cobrará de una vez una suma de dinero enorme.

Chascó dos dedos y añadió de repente:

—La verdad era que yo no comprendía por qué Halloran se había empeñado en vender parte de sus tierras, pero creo que ahora ya lo sé. Son para los gastos de la boda y para dar a tus hermanos la recompensa. ¿Me equivoco?

Ella había bajado los párpados con expresión confusa.

Sus dedos se entrelazaron nerviosamente cuando dijo con voz casi angustiada:

—No, no te equivocas.

—De un modo u otro, la misión que yo tengo es sólo una —murmuró Mark, siguiendo el hilo de sus pensamientos—. Él no venderá nada hasta que yo llegue. Mientras Percy espera su turno para declarar en el juicio contra Sanders, puede decirse que yo estaré libre, y entonces me dedicaré a proteger a Halloran durante los breves días en que éste tenga dinero en su poder. A eso se le llama aprovechar el tiempo.

Linda dijo tristemente:

—Tiene gracia… Tú estarás encargado de defender el dinero que va a servir para comprarme…

—No consentiré eso, Linda.

—¿No? ¿Qué crees que puedes hacer?

—Si no puedo convencer a tus hermanos, convenceré a Halloran.

—Será inútil —dijo ella tristemente—. Halloran está de verdad encaprichado conmigo, y no me soltará de ninguna manera. Habló con mis hermanos hace unos dos meses, cuando me conoció. Y como Halloran es un condenado zorro, lo primero que hizo fue intentar comprarme por una temporada. Tenías que haber oído a mis hermanos: «Ah, no… Los Custer somos honrados. Si quiere llevarse a Linda nos pondremos de acuerdo en el precio, pero tiene

que ser para toda la vida». De esa honradez me reiría yo si no fuese la víctima. Halloran dijo que ninguna mujer merecía el sacrificio del matrimonio y se fue, pero al cabo de un par de días volvió, diciendo que por mí estaba dispuesto a cualquier cosa. Mis hermanos se dieron cuenta entonces de que tenía auténtico interés, y vieron el cielo abierto. Le pidieron por mí una auténtica fortuna, y ante mi sorpresa, Halloran accedió. Dijo que vendería tierras y que pagaría en cuanto se hubiera realizado la boda.

Mark hundió la cabeza pensativamente.

No podía negar que se sentía desalentado, casi hundido.

Por lo que sabía de Halloran, éste no renunciaría a una muchacha tan bonita como Linda, sobre todo si el dinero no tenía para él demasiada importancia.

Entrechocó los nudillos y murmuró:

—No lo consentiré, Linda. Te sacaré de esto.

—Más vale que lo olvides, Mark. Nadie puede hacer nada.

—Yo podré.

Y, sin darse cuenta, se puso en pie. Sin darse cuenta sujetó por los brazos a Linda, tirando de ella hacia sí.

Linda no gimió. No se sorprendió tampoco, pese a la rudeza de aquel movimiento posesivo.

Parecía como si supiera que aquello era inevitable. Como una llamarada del destino que pesaba entre los dos.

Sus labios se encontraron con los labios del hombre.

Mark parecía no ir a querer soltarla nunca.

Y sin duda la hubiera besado otra vez de no ser por aquella voz que dijo con acento metálico a su espalda:

—¿No le molestará que le interrumpa rompiéndole las narices, amigo?

CAPÍTULO VI

Mark no se dio demasiada prisa en volverse, porque acababa de reconocer aquella voz. Era Lyndon.

Debía haberles visto bien, de modo que resultaban inútiles todos los disimulos.

Se volvió, quedó quieto ante él y dijo tranquilamente:

—Siento haberle usado la «mercancía», Lyndon. Pero de todos modos le aseguro que aún está en buen uso. Aún puede venderla.

Lyndon dijo burlonamente:

—Claro que sí… El comprador la espera.

Y descargó su puño derecho con una rapidez fulminante. La verdad era que Mark no lo esperaba.

Tampoco esperaba que Lyndon doblase con aquella rapidez. Mientras la derecha volaba hacia su mentón, la izquierda le aplastó uno de los pómulos.

Pero aquí terminaron las sorpresas de Mark y empezaron las de Lyndon.

Porque si esperaba ver volar a Mark hasta el techo, se llevó un buen desengaño. Mark no se movió en absoluto. Parecía como si no se hubiera ni enterado de los golpes.

Lyndon balbuceó:

—Pero…

Un gancho a la mandíbula le hizo ponerse de puntillas muy en contra de su voluntad.

Toda su cabeza pareció ser removida por dentro. Rabiosamente fue a disparar el puño derecho otra vez.

Mark, que ya había dado un salto hacia atrás, colocándose a la distancia que más le convenía, frenó el golpe, mantuvo a raya a su enemigo con un directo de izquierda y descargó su derecha contra

uno de los párpados del gigante.

Éste se encogió, alcanzado de lleno. Por unos segundos vio materialmente las estrellas. Linda gimió:

—Noooo…

Porque se daba cuenta de lo que iba a suceder. Lyndon, en efecto, había reaccionado ya. Con una mezcla de odio y de estupor, se palpó la mandíbula, que parecía estar removida de su sitio.

—Eres un gallito, ¿eh? —farfulló—. Crees que a mí se me puede dejar K. O. como a ese imbécil de Percy…

Y se lanzó de lleno. Una izquierda terrible sacudió el hígado de Mark, quien sintió como si la habitación entera diera vueltas en torno suyo. Necesitó apoyarse en la butaca más cercana para no caer. Le pareció notar confusamente que el dueño del hotel acababa de entrar en la habitación y hacía algo muy extraño.

Pero no. No era extraño lo que estaba haciendo.

El hombre, con muy buen sentido, estaba retirando todos los jarrones y objetos más o menos quebradizos que había en la estancia. En vista de cómo se estaban poniendo las cosas, era lo más prudente.

Lyndon se aprestó a golpear de nuevo.

Sus labios estaban torcidos en una mueca de placer. Parecía estar seguro de que iba a aplastar a su adversario de un solo golpe.

Pero Linda se había medio interpuesto entre los dos. Con sus manos retuvo el puño en el aire durante algunos segundos, aun a costa de recibir un buen golpe, y evitó con ello que el impacto que llegó a la cara de Mark no fuese tan demoledor.

Con los dos puños le castigó el mismo ojo que ya tenía lesionado, haciéndole encogerse en una mueca de dolor. Lyndon, como gigantesco que era, no estaba acostumbrado a recibir golpes.

Mark no desaprovechó esa vacilación ahora.

Descargó sus dos puños de nuevo.

Lyndon giró sobre sí mismo, y su enorme corpachón se derrumbó lentamente.

No era un K. O. total, puesto que aún pudo mantenerse de rodillas. Pero era evidente que por unos segundos no estaría en situación de proseguir el combate.

Mark susurró, mirando a Linda.

—Gracias, muchacha. Si llega a acertarme de lleno con aquel

golpe, me tumba. Tú me has permitido recuperarme.

—No quería que te matara —susurró ella.

—Como no me mate por carta, veo difícil que consiga hacerlo —dijo secamente.

Y salió de la habitación.

CAPÍTULO VII

James, el mayoral, se frotó las manos con expresión satisfecha, a la mañana siguiente, y dijo:

—Así da gusto.

Mark, que esperaba con los otros viajeros a que la diligencia estuviera lista para partir, le preguntó:

—¿Qué es lo que da gusto?

—El que seáis todos tan amigos, hombre. El que haya tanta armonía entre los viajeros.

—¿Lo dices por lo de anoche?

—Lo vi todo desde la puerta. ¡Qué guantazos le diste, muchacho! ¡Y qué guantazos te va a dar él a ti, si Dios no lo remedia! ¿Pero tú has visto bien la cara de mula que tiene?

—Claro que la he visto. Y procuraré no irritarle más.

—Hazlo, hazlo, porque aunque te arranque la piel a tiras no te rebajaremos el precio del billete.

En aquel momento salió Lyndon del hotel.

Tenía un ojo amoratado, y tan hinchado que apenas podía abrirlo.

Todos subieron a la diligencia en silencio, incluso Percy, que volvía a llevar las manos atadas a la espalda, y el carruaje arrancó con un largo traqueteo.

El camino a lo largo del Missouri era accidentado y largo. Normalmente hubieran avanzado hacia el norte sin grandes dificultades, pero se encontraron con un problema que no esperaban.

Bruscamente había cambiado mucho el clima. Ahora hacía calor, al cesar el viento del Norte.

La noche anterior, muchas charcas se habían helado, así como los márgenes del río. Y ahora se producía un deshielo brusco, que inundaba los caminos y hacía que las ruedas se hundieran en el fango.

James no paraba de lanzar maldiciones.

Excitaba a los caballos sin cesar, pero éstos no podían forzar más la marcha. Al fin mascullló:

—¡Amigos, tendremos que parar en el cobertizo de Templar! ¡Los animales, incluido el que les está hablando, necesitan descanso!

Dean, el del libro, asomó la cabeza.

—¿Dónde está el cobertizo de Templar?

—A menos de una milla. No les gustará demasiado, pero al menos hay bebida y mujeres.

Un momento después llegaban al llamado cobertizo de Templar. Éste era una especie de cantina del camino que pertenecía a un francés, y donde la gente paraba muy pocas veces. Además, el terreno estaba ahora casi totalmente inundado.

Los caballos se detuvieron de buena gana, resoplando. Una mujer de unos cuarenta años, gruesa como un toro semental, apareció en la puerta, frotándose las manos con un paño.

—¡Caramba, pero si es James! ¿Qué es lo que nos traes hoy, granuja?

—Unos cuantos señores que quieren beber algo, si es posible, mientras los caballos descansan.

—¿Señores dices? Serán tan guarros como tú. Hala, que pasen.

Después de esta amable invitación, todos se apresuraron a descender.

Mark miraba con atención en torno suyo.

No le gustaba aquel sitio.

Era evidente que alguien había ayudado una vez a Percy y volvería a hacerlo. Aquel alguien, fuese quien fuese, tenía que estar entre los viajeros de la diligencia. Y la comarca en que se encontraban, llena de matorrales y de vericuetos casi intransitables, siguiendo los meandros del río, era ideal para que un hombre se perdiera por ella sin dejar rastro alguno.

James se acercó a él.

—Te veo preocupado, muchacho.

—No me gusta esto.

—Ya sé que no es distinguido, pero teníamos que pararnos aquí o reventaban los caballos.

—No te preocupes, no lo digo por eso. Me estoy refiriendo a Percy. Es buen sitio para huir.

—Pues no le quites ojo de encima.

—Eso haré, desde luego.

Crujieron sus nudillos, al apretarse las manos. James se fijó en su muñeca derecha.

—¿Por qué llevas esa muñequera de cuero? ¿Es que acaso la tienes dislocada?

—Fue por la pelea de anoche. Atizar a ese tipo era como atizar a una roca… Es una simple precaución para que los huesos no se me desencajen.

En aquel momento se acercó Percy.

—¿Me puedo al menos sentar en aquella mesa? —preguntó—. ¿O está prohibido?

—Siéntate. Pero no pienso desatarte las manos en este lugar, lo siento.

—Eres muy amable, Mark. ¿Cómo beberé?

—Sujeta el vaso con los dientes. Sabes hacerlo muy bien.

El otro lanzó una maldición irreproducible y se dirigió hacia la mesa, en la que se sentó, de cara a Mark.

Los otros viajeros merodeaban por allí. Ya parecían haberse acostumbrado a él y no les llamaba la atención. Mark advirtió:

—Por favor, les ruego que no salga nadie al exterior.

Una de las bailarinas, llamada Lucy, le miró con sorpresa.

—Me hubiera gustado tomar el aire un poco. ¿Por qué no puedo salir?

—Por las serpientes.

—¿Las serpientes? No entiendo.

—En esta zona del río hay muchas, pero normalmente no llegan hasta las zonas habitadas —murmuró Mark—. Sin embargo, con las inundaciones, habrán llenado los sitios secos y ahora están infestándolo todo. Será mejor que no se muevan de aquí.

Lucy dijo con desdén:

—Gracias por su interés. En compensación le prometo que asistiré a su entierro.

El joven decidió no hacer caso. Bebió un sorbo del *whisky* que acababan de servirle y luego miró mecánicamente hacia la mesa donde había visto sentarse a Percy.

De pronto todos sus músculos sufrieron una brutal sacudida. Porque Percy…

¡Había desaparecido!

Corrió hacia la puerta posterior del local, que era la única por donde aquel buitre podía haber escapado. Y, en efecto, lo vio. Estaba corriendo hacia los espesos cañaverales del río.

Normalmente no hubiera podido llegar muy lejos. Porque si usted quiere hacer la prueba, átese las manos a la espalda y trate de correr. Verá la de facultades que pierde.

Pero ése no era el caso de Percy, porque el asesino ¡tenía las manos libres!

¡Alguien le había dado un cuchillo otra vez! ¡Sin duda uno de los viajeros que se aproximaron a él, en la confusión de los primeros momentos!

Mark gritó:

—¡Cuidado, Percy! ¡Todo eso tiene que estar lleno de serpientes! ¡Cuidado, maldita sea!…

Percy no le hizo caso. Seguía corriendo alocadamente hacia los cañaverales, mientras Mark se ponía a perseguirlo a toda velocidad. Casi lo vio perderse de vista en la espesura.

De pronto el fugitivo lanzó un grito ronco, y el joven vio que alzaba su cuchillo dos veces. Sin duda acababa de apuñalar a algo que acababa de saltar contra él desde el suelo.

Mark lo distinguió. ¡Era una serpiente!

No se había equivocado en sus suposiciones. Todo aquello debía estar infestado.

De pronto Percy cayó completamente a tierra. Y lanzó un ronco alarido de horror.

CAPÍTULO VIII

Mark se detuvo un momento. Estaba a unos quince pasos.

Acababa de ver lo que sucedía. Su prisionero estaba por completo indefenso, ya que acababa de perder su cuchillo, tras eliminar a la primera serpiente. Y un segundo reptil se lanzaba ya sobre él. Se disponía ya a disparar su repulsiva cabeza.

Mark sacó el revólver con velocidad fulminante.

La detonación atronó el aire. Se oyó un chasquido que producía náuseas, y la cabeza de la serpiente estalló.

Percy parecía no tener fuerzas ni para levantarse. En realidad lo que sucedía era que no se atrevía a hacerlo. En aquel terreno pantanoso, oía el deslizarse de las serpientes entre las cañas como si fueran una pesadilla. Y en esa situación respetaba la primera norma de prudencia, que es estarse lo más quieto posible.

Mark llegó junto a él.

—No tienes demasiada suerte —dijo—. Debieras saber que este terreno era peligroso.

—Sí, pero…

—Vamos, levántate. Creo que ya no ocurrirá nada.

Mark había guardado el revólver. Su enemigo hizo un gesto resignado, como si fuera a obedecer.

De repente todos sus músculos se dispararon. Dio un golpe tras las rodillas a Mark e hizo caer a éste, mientras lanzaba un grito de triunfo.

Su mano derecha levantó febrilmente una gruesa piedra.

Trataba de aplastar la cabeza de Mark.

Éste le propinó un puntapié al bajo vientre. Percy se estremeció de dolor, mientras tenía que soltar la piedra.

Mark no se estuvo quieto ni un segundo. Poniéndose de rodillas,

le clavó dos terribles directos al estómago.

Percy se tambaleó. Su cabeza, al inclinarse hacia adelante, quedó a merced de los puños de Mark.

Éste los disparó a la vez, de abajo arriba, apoyándose en sus rodillas fuertemente.

Fueron dos impactos brutales y que acabaron con toda la capacidad de resistencia de Percy. Éste no perdió el sentido, pero quedó de espaldas en el suelo, jadeando, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

De repente sus ojos se dilataron de horror.

Había quedado junto a los cañaverales, y por ellos surgía la cabeza triangular de otra serpiente. Estaba irritada, porque Percy había caído casi junto a su nido. Sus ojillos brillantes destilaban odio.

Mark vio aquello con horror. También se dio cuenta de que el ataque era inevitable.

Ya no tenía tiempo ni de tocar el revólver. El ofidio encogió la cola… ¡y saltó!

Mark hizo entonces algo desesperado: Tendió la muñeca derecha para que le mordiese a él.

Los dientes ponzoñosos del animal se clavaron —o, mejor, intentaron clavarse—, en la dura piel de la muñequera. No pudieron atravesarla, y eso fue lo que impidió que Mark muriera.

Mientras la serpiente intentaba rabiosamente morder, Mark la sujetó muy cerca de la cabeza, la retiró de su mano y la aplastó contra el suelo, destrozándole la cabeza con la misma piedra que antes había tratado de emplear Percy.

Se oyó un chasquido, y Mark resopló, mitad de tensión contenida mitad de asco.

Odiaba a las serpientes. Tenía la sensación de que sus manos, por el solo hecho de haber sujetado a aquélla, estaban llenas de viscosidades.

Percy se puso en pie, tambaleándose.

—Me has salvado la vida… —murmuró.

—Lo he hecho porque tengo que responder de ti.

—Si llegas a calcular mal tu movimiento, si en vez de morderte en la muñequera, ese bicho te llega a morder en la piel, ahora estarías agonizando.

—Demasiado lo sé, pero no quiero ni volver a pensar en ello. Hala, vuelve a casa.

Percy ya no intentó resistirse. Había pasado por un trance tan amargo que no estaba dispuesto a volver a repetirlo. Mientras avanzaban hacia el parador, vieron a dos viajeros que les estaban mirando expectantes.

—¿Quién te ha ayudado por segunda vez? —musitó Mark, mirándole—. ¿De quién era el cuchillo?

—Si esperas que te lo diga, vas listo. No me sacarás una palabra.

—Puedo interrogar a todos los viajeros. Y si alguien te ha ayudado, será acusado de complicidad. En cambio, si me dices quién es, me limitaré a no dejarle que viaje con nosotros. Te prometo que no tomaré ninguna medida contra él.

Percy rió silenciosamente.

—No hay trato, hermano. No me fió de las promesas de un agente del Gobierno.

Mark se encogió de hombros.

Llegaron ante el parador de Templar, donde todos les estaban aguardando en silencio.

Mark contempló todos los rostros, uno a uno. ¿Quién era el misterioso amigo de Percy? ¿Quién estaba dispuesto a dejarlo escapar? ¿Quién le había ayudado dos veces ya, para que se convirtiera de nuevo en un asesino?…

Los tres hermanos Custer seguían flanqueando a su hermanita, que en este caso era algo así como su víctima. No le permitían ni que cambiase de postura en el asiento. Y Mark notaba que ella se iba poniendo cada vez más pálida, más desasosegada, mientras la diligencia tragaba millas en dirección a Devils Lake.

Por lo demás, los tres seguían absortos en sus ocupaciones de siempre. Lyndon hacía crujir los nudillos y de vez en cuando se tocaba su ojo, cuya hinchazón iba desapareciendo; Dean no dejaba de leer siempre las mismas hojas de su enorme librote, y en cuanto a Mac seguía acariciando su enorme cuchillo, de cuyo filo no parecía estar nunca satisfecho.

La diligencia, mientras tanto, avanzaba rauda por un camino cada vez más fácil.

Mark estaba preocupado.

Presentía que las cosas iban a ponerse graves en la capital. Era

seguro que los hombres de Sanders darían allí el golpe de fuerza para acabar con Percy y con él. Por el contrario, el misterioso amigo de Percy también trataría de liberarlo allí.

Lucy, una de las bailarinas, asomó la cabeza por la ventanilla para hablar con el mayoral.

—¡Eh, James!

—¿Qué ocurre, muñeca?

—¿Dónde dormimos esta noche?

—En Bismark.

—¿Y qué tal está de hombres aquello?

—Muy mal. Una vez hicieron un concurso de guapos y lo gané yo —dijo James.

—¡Pues estamos arregladas!

Mary, su compañera, le dio un codazo.

—No seas estúpida, Lucy. Seguro que allí nos forramos. A dos chicas como nosotras nos cubrirán de oro.

Mark estaba sumido en sus inquietos pensamientos.

Miraba de vez en cuando a Linda. Recordaba el beso apasionado, el beso salvaje que se dieron la noche antes. Y pensaba que ella pertenecería muy pronto a Halloran, a aquel cerdo baboso que la iba a comprar con su dinero.

Miró con odio a los Custer, los viles mercaderes que estaban dispuestos a venderla. Y se dijo que les partiría la cara a los tres antes de que llegaran a Devils Lake. Pero la muchacha parecía adivinar sus pensamientos y con la mirada le decía que todo era inútil, que todo estaba ya perdido para los dos.

El tiempo transcurría sin que él se diera cuenta. Las sombras iban cubriendo el paisaje.

De pronto James gritó:

—¡Bismark!

En la capital de Dakota del Norte volvía a hacer frío, un frío que penetraba hasta los huesos. Se decía que más arriba, en los condados de Sheridan y McHenry, habían caído las primeras nieves. Los tramperos que partían hacia el Canadá se las prometían muy felices aquel año.

Tuvieron una sorpresa al llegar al hotel. El dueño les esperaba en la puerta.

—Lo siento, pero esta vez no he podido reservarte habitaciones,

James —le dijo al mayoral.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Se han presentado unos tipos que tenían mucho interés en dormir en Bismark, antes de seguir hacia el Canadá. Y me han pagado las habitaciones a doble precio.

James escupió al suelo.

—¡Te voy a partir la boca, Maxwell! ¡Sabes que no tengo reserva en ningún otro sitio! ¡Pediré que la compañía te retire la exclusiva de los alojamientos!

—No hay que ponerse así, hombre. Las señoras tendrán su lugar. En cuanto a los hombres, por una noche, pueden ir al dormitorio colectivo.

James arrugó el ceño.

—Tu dormitorio colectivo es una pocilga.

—No hay que ponerse así, hombre. Es una noche.

—De acuerdo… Pero no me olvidaré de esto.

Casi todos los hoteles de la zona tenían una gran habitación con seis u ocho camas y que servía como dormitorio colectivo. Aparte el hecho de que el alojamiento allí resultaba mucho más barato, había equipos de vaqueros que, sobre todo en épocas turbulentas, preferían dormir en la misma habitación, para estar más a salvo de una posible sorpresa.

Mark entró en el dormitorio con Percy, quien seguía teniendo las manos atadas.

Los demás viajeros estaban bebiendo en el bar, para matar el frío, y las chicas se habían retirado a sus habitaciones. Había ocho camas allí, tres de las cuales estaban ocupadas.

Cubiertos con las mantas hasta sus cabezas, tres hombres dormían plácidamente, roncando como órganos mal ajustados.

Mark susurró:

—Vas a tener aquella cama junto a la pared, Percy. Y yo ocuparé la de al lado.

—Sigue sin fiarse, ¿eh?

—Si me fiara, sería un loco.

—¿No puedo echar un trago?

—Esta noche no vas a poder hacer nada. Lo siento. Hubiera sido diferente caso de poder encerrarte en una habitación, pero eso aquí resulta imposible.

Percy lanzó una maldición, pero comprendió que no tenía más remedio que resignarse.

Fue hacia el fondo del local, pasando por delante de una de las camas ocupadas, de la que surgían unos pacíficos ronquidos.

Pero pronto se convenció Mark de que las cosas no eran tan sencillas como parecían.

Apenas habían dejado atrás aquella cama, cuando una voz le advirtió secamente:

—Ni un paso más, amigo.

Mark comprendió que no podía desobedecer. Seguro que ya le apuntaban con un revólver a la espalda.

No intentó sacar el suyo, sobre todo al ver lo que ocurría en las otras tres camas que aún tenía delante.

A los fulanos que las ocupaban se les terminó el sueño de repente. Los tres exhibieron los «Colt» que habían tenido ocultos debajo de las mantas.

Los ojos de Mark se clavaron en ellos, uno tras otro, en fracciones de segundo.

No los conocía. Y por el hecho de que no los conocía, había que temer lo peor.

No tuvo la menor sorpresa al oír aquella voz que le indicaba:

—Hemos venido a traerte saludos de Sanders.

¡Sanders! ¡Eso significaba que había caído en una encerrona! ¡Eso significaba que Percy y él iban a morir!

La misma voz —la del hombre que estaba situado a su espalda— dijo ominosamente:

—Ese tipo al que conduces a Devils Lake nunca llegará hasta allí. Ese buitre nunca declarará contra Sanders. Os vamos a coser con plomo ahora mismo… ¡a los dos!

A Mark ya le parecía sentir la quemadura del plomo en la piel. Pero trató de conservar la serenidad, porque era lo único que podía ofrecerle una remota posibilidad de salvación.

—¿Está Sanders en la ciudad? —musitó, tratando angustiosamente de ganar tiempo.

—No, no está aquí.

—Los hombres que habéis pagado el doble por las habitaciones del hotel ¿erais vosotros?

—En efecto; y luego hemos venido aquí, sin que el dueño lo

supiera. Tampoco habrá de enterarse luego de gran cosa; nuestro trabajo estará acabado en dos minutos.

Percy chilló como una rata asustada:

—¡No me matéis! ¡No tiréis contra mí! ¡Noooo! ¡Os lo suplico!

—Tú serás el primero en morir, perro sarnoso.

—¡No declararé contra Sanders! ¡Diré que es inocente! ¡Os lo juro, le ayudaré cuando sea juzgado! ¡Estando vivo puedo seros cien veces más útil que muerto!

Uno de los que estaban frente a él rió silenciosamente.

—Sanders nos ha dado orden de apiolarte, y no vamos a discutir eso ahora —gruñó—. De modo que basta ya de llorar como una zorra.

Mark comprendió que estaban perdidos.

Aquello era una ejecución, una degollina.

No sabía qué hacer. ¡Si al menos no hubiera tenido otro enemigo a su espalda! Pero era ése, el que estaba tras él, el que más miedo le daba.

En aquel momento sucedió algo que no esperaban.

Fue algo muy complicado, y al mismo tiempo muy sencillo. Detrás de los dos hombres, se oyó un grito de horror.

El que estaba apuntándoles por la espalda, giró sobre sí mismo, mientras sus facciones se contraían en una mueca dolorosa. Todos le miraron, e incluso Mark y Percy se volvieron para hacerlo.

Lo que vieron les llenó de sorpresa. Porque aquel tipo había soltado su revólver, mientras trataba desesperadamente de arrancarse un puñal que tenía clavado en mitad de la espalda. Alguien se lo había lanzado desde la puerta, en silencio y con una terrible eficacia.

Pero en la puerta ya no se veía a nadie. Parecía como si el lanzador fuese un auténtico fantasma.

Los tres hombres que estaban delante comprendieron que su compañero iba a morir. Bastaba ver el sitio en que se había clavado el puñal para no hacerse ilusiones. Y los tres dispararon mecánicamente contra la puerta vacía; en un inútil deseo de vengarle.

Mark comprendió que había que aprovechar aquellos segundos decisivos, aquella única oportunidad.

—¡Vamos, Percy! —gritó.

Pero Percy ya se había adelantado a su consigna. Con la pierna derecha estaba tumbando la cama que tenía ante él. Los tres pistoleros recibieron de lleno el impacto.

Dispararon de nuevo, pero el colchón absorbió las balas. Uno de ellos cayó a tierra.

A Mark aún no le habían despojado de su revólver, y eso era una ventaja decisiva, que no podía desaprovechar. «Sacó» con un movimiento fulgurante, mientras dos de sus enemigos aparecían de nuevo en su campo visual.

Gritaron al verle con el «Colt». Y gritando atravesaron la última frontera de sus vidas.

Mark había disparado dos veces. Los dos se derrumbaron hacia atrás, quedando materialmente clavados en la pared.

Pero quedaba un tercer enemigo, el que había caído al suelo, arrastrado por el impacto de la cama. Ése apareció por el lado contrario a aquél en que lo esperaban, empuñando su «Colt». Una mueca de odio deformaba su rostro.

Mark no le hubiera visto esta vez. Por la posición en que se encontraba, le era imposible distinguirlo. Sólo fue Percy el que lo vio, pero Percy tenía las manos atadas a la espalda.

Sin embargo se movió con agilidad diabólica. Levantó la pierna derecha.

Se oyó un chasquido, y el pistolero, alcanzado en la mandíbula, cayó hacia atrás. La bala llegó a salir de su revólver, pero fue a clavarse inútilmente en el techo.

Percy le clavó un nuevo y terrible puntapié, esta vez en la sien. El pistolero quedó espantosamente quieto.

Mark lo miró con asombro. Era evidente que aquel tipo acababa de morir. Miró luego, con no menos asombro, a Percy, que era capaz de dejar seco a un hombre con un solo impacto.

—Era una bonita trampa —dijo Mark lentamente—. No sé ni cómo nos hemos librado.

—Yo tampoco.

—De no ser por ti, hubiera perdido la vida. Esta vez me has salvado.

—No soy un perro tan rabioso como todos creen —murmuró Percy—. También sé ser agradecido a veces.

Mark le miró por primera vez de una manera distinta, como si

Percy fuese otra persona. Sí, quizá eran todos un poco injustos con él. Quizá Percy, después de todo, fuera un ser humano capaz de regenerarse.

En aquel momento un gigantón apareció en la puerta.

Era Lyndon.

—¿Qué infiernos ha ocurrido aquí? —masculló—. ¿Qué es ese ruido de petardos?

Mark le miró fijamente, sin contestar.

Por el contrario, preguntó:

—¿Dónde estaba usted hace unos momentos, Lyndon?

—¿Por qué pregunta eso?

—Porque siempre que alguien salva a Percy aparece usted al cabo de muy poco.

—Oiga… ¡yo no tengo nada que ver con ese rufián!

—Me alegra saberlo, Lyndon. Pero por si acaso, le preguntaba.

—¿Es que sospecha de mí?

—Sospecho de todo el mundo.

—¡Pues si no está a gusto con nosotros, váyase al infierno!

—Poca diferencia debe haber —gruñó Mark, malhumorado, mientras paseaba la mirada por el lúgubre panorama que tenía en torno suyo.

Otros pasajeros se habían ido agolpando ante la puerta. El dueño del hotel, que se había acercado también, quedó lívido.

—¿Pero qué es esto? ¡Mis sábanas! ¡Mis preciosas sábanas me las han puesto perdidas de sangre!

—Lo que quizá le ponga perdida de sangre será su propia camisa —masculló Mark.

—¡Le juro que yo no sabía nada! ¡Si esos hombres les han tendido una trampa, yo no sabía nada!

—¡Déjeme en paz!

Sacó a Percy de allí, mientras con la otra mano sujetaba al dueño por el cogote y lo sacaba también fuera.

—Oiga, so pedazo de granuja *amateur* —masculló—. Seguro que ahora le han quedado cuatro habitaciones libres.

—Sí… sí, señor.

—Quiero una. Y los otros pasajeros también.

—Lo que usted ma… mande, señor.

—A ver, una llave.

Cuando la tuvo en la mano, Mark se dirigió a la habitación señalada en ella. Era una de las mejores piezas del hotel. Una vez en ella, suspiró con cansancio.

—Bueno, creo que nos hemos librado de un buen lío —dijo.

Percy sonrió, apoyándose en la pared.

—Iban a dejarnos secos. Menos mal que hemos podido reaccionar a tiempo.

—Hemos podido reaccionar gracias a la inesperada ayuda de tu amiguito. Si no llega a ser por aquel cuchillo lanzado tan a tiempo, no lo contamos. ¿Por qué no me dices quién es? Ahora ya casi le tengo simpatía. Te prometo que no voy a hacerle nada.

—No puedo decirlo. No quiero que vaya a la cárcel.

—No le denunciaré.

—Eso nunca se puede asegurar, maldita sea. Y ahora déjeme en paz.

—¿Quieres un trago?

—Eso nunca viene mal, pero no quiero beber con las manos atadas. No quiero beber como una bestia.

—No te preocupes, te desataré. Quizá haya tenido hasta ahora un mal concepto de ti.

—Usted tiene mal concepto de todo el mundo, Mark. Es un cochino sabueso. Y cree firmemente que el único camino para los tipos como yo es ir a parar a la horca.

—Quizá deba rectificar —susurró Mark—. Uno, en la vida, siempre aprende cosas. Vamos, vuélvete.

Percy se volvió, y él deshizo los sólidos nudos que sujetaban sus muñecas. El condenado se las frotó varias veces, restableciendo la circulación de la sangre.

—¿Dónde está esa copa? —Gruñó, cuando empezó a sentirse mejor.

—Llevo una petaca llena de *whisky* de buena calidad. Toma, echarás un trago.

Tomó aquella botella, pequeña y chata, sacándola de uno de los bolsillos de su cazadora, y la tendió a Percy.

Éste bebió ávidamente.

El licor debía abrasar su garganta, pero el condenado parecía necesitar reconfortarse con aquello.

De pronto sus ojos cambiaron de expresión.

Lo que ocurrió a continuación fue instantáneo.

La petaca metálica salió disparada de su mano derecha, con una fuerza y una habilidad increíbles. Mark la recibió en plena cara cuando menos lo esperaba, quedando aturdido en los primeros segundos. Y no fue eso lo peor, sino que algunas gotas del fuerte licor le entraron en los ojos, pareciendo abrasarlo por dentro.

Los cerró apenas un instante. Pero ello bastó para que Percy pasara fulminantemente a la acción.

Sus dos puños se dispararon con una potencia abrumadora. Mark sintió el doble choque y de pronto se encontró volando materialmente por los aires. Cayó sobre la cama, dio una vuelta completa sobre ella y quedó sentado al otro lado de la habitación, con las espaldas apoyadas en la pared.

Intentó abrir los ojos, pero éstos aún le escocían. Sólo podía ver las cosas confusamente.

Fue eso lo que le impidió repeler la próxima maniobra de Percy. Éste propinó un rápido puntapié a su funda pistolera, y el «Colt» saltó por los aires.

Cuando Mark intentaba sacarlo, se encontró desarmado.

Su enemigo movió la pierna derecha. Había demostrado que su bota podía ser mortal. Y de la misma forma que había acabado antes con uno de los pistoleros de Sanders, intentó ahora acabar con él.

Afortunadamente, Mark podía ver ahora un poco mejor. Distinguió lo que se le venía encima. Ladeó la cabeza y la bota se estrelló contra la pared, casi cuarteándola.

Percy ahogó un gemido de dolor. Con expresión crispada por la rabia, tendió las manos hacia el caído Mark.

Los dos puños se aplastaron contra su rostro. Mark sintió que la cabeza le iba de un lado a otro, a consecuencia de los impactos.

Pero no se estuvo quieto. Pese a encontrarse en mala situación, logró clavar uno de sus puños en el plexo solar de su enemigo. Éste vaciló, porque Mark era un noqueador sensacional, cuyos puños no perdonaban.

La leve desorientación de Percy, quien no esperaba ya aquella reacción, fue fatal para él. Mark le dio un golpe tras la rodilla y le hizo caer de espaldas.

Ahora estaban más o menos los dos igual, es decir los dos en el

suelo.

Mark se levantó antes. Todavía de rodillas, descargó un terrible derechazo a la cara de Percy. Éste se derrumbó hacia atrás, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo.

Estaba vencido. Ahora Mark podría maniatarle otra vez.

Pero de pronto aquella voz cortante, helada, le amenazó desde la puerta.

—Quieto, Mark… La comedia ha terminado. Percy tiene que escapar esta misma noche.

CAPÍTULO IX

Mark, que ya sujetaba al condenado, alzó los ojos de repente, posándolos en la puerta.

Su rostro, dominado por la sorpresa, se volvió por unos instantes de color ceniza.

—Lucy… —balbuceó.

Porque, en efecto, la persona que estaba en el umbral era una mujer, y esa mujer era la bailarina Lucy. La que él creyó una mujer liviana, sin más preocupación que la de gustar a los hombres, estaba ahora allí convertida en una peligrosa tigresa. Su derecha empuñaba un revólver, y ese revólver apuntaba en línea recta a la cabeza de Mark.

Lucy avanzó un paso, cerrando la puerta a su espalda.

—Suéltalo —dijo quedamente.

Mark lo hizo. Sus facciones delataban que se iba recuperando ya de la brutal sorpresa sufrida.

—Nunca lo hubiera imaginado, Lucy —musitó.

—¿Por qué? ¿Porque parecía una cualquiera?

—No. Es que creí que eras una mujer con otra clase de preocupaciones.

—Siempre estuve enamorada de Percy. Hace años estuvimos viviendo juntos en Wichita.

Mark tragó saliva penosamente.

—Lo siento por ti —dijo.

—Menos sentirlo y más acercarte a la pared. Quiero ver bien tus manos. Ponlas a la altura de la cabeza.

—No tengo inconveniente.

El joven alzó levemente las manos. Sus ojos estaban clavados en Lucy, que se había acercado al caído Percy.

—Me dio la sensación de que no lo conocías —dijo—. Has disimulado muy bien.

—Es que la cosa no fue montada exprofeso —reconoció Lucy—. En realidad no sabía dónde estaba Percy. Para mí fue una tremenda sorpresa verlo aparecer en Chamberlain. Pero me di enseguida cuenta de la situación, y comprendí que lo mejor era disimular. Él también lo comprendió así, porque igualmente fingió no conocerme.

—Las otras veces le has ayudado bien —reconoció Mark—. Ha estado a punto de escapar.

—Pues ahora va a conseguirlo.

Percy ya se había puesto en pie. Miraba a Mark con expresión burlona.

—Creías en mi arrepentimiento, ¿eh?

—Te he dicho antes que cada día se aprende alguna cosa, Percy. Y hoy he aprendido que es inútil perder el tiempo tratando de ayudar a los tipos como tú. Que el único camino que lleva en línea recta a algún sitio es el camino de la horca.

—Yo no voy a seguirlo, Mark. Dentro de dos días estaré en Canadá. Me gustaría saber quién va a ir allí en mi busca.

—Iré yo mismo.

Percy rió quedamente.

—¿De verdad lo crees, muchacho? ¿Acaso ha pasado por tu imaginación, un solo instante, que voy a dejarte vivo?

Mark comprendió que aquélla era la sórdida realidad. Iban a dejarle seco. No tenía ninguna posibilidad de escapar de allí.

Sus ojos fueron fugazmente al revólver que había tenido que soltar antes, y que estaba a poca distancia. Era la única solución. Tal vez si pudiera…

Pero no pudo.

Percy se acercó a aquel revólver y lo tomó en sus dedos, riendo silenciosamente.

—Seré yo quien lo haga, muchacho. No quiero que Lucy se ensucie las manos con esto.

Lucy farfulló:

—No hace falta matarlo…

—Claro que hace falta, nena. ¿O crees que esto es un juego?

—Te lo ruego… En el Canadá podremos vivir tranquilos sin

necesidad de que dejes a tu espalda ningún cadáver más. Hace años, en Wichita, me prometiste que cambiarías de vida, Percy.

Él volvió a reír, mientras la muchacha guardaba su revólver.

—En Wichita prometí muchas cosas, nena. Por ejemplo, que tú y yo iríamos juntos a todas partes.

—¿Y no es cierto, Percy? Ahora te he vuelto a encontrar y no consentiré que nos separemos otra vez. ¡Vámonos de aquí, pronto! Bastará con que le dejes sin sentido. ¡Dentro de una hora estaremos lejos!

—No hay que correr tanto, muchacha.

—¿Por qué?

Acababa de leer algo desconocido, algo distinto en los ojos de aquel hombre.

Percy musitó:

—Tú te quedas.

—¿Qué… tratas de decir?

—Tengo otros planes, muchacha. En mis proyectos nunca ha entrado el dejarme arrastrar por una sola mujer. De modo que yo me iré al Canadá, pero tú te quedarás… con ése.

Los dientes de Lucy rechinaron.

Ante el desprecio de que había sido objeto, le acometió un acceso de furia. Su rostro cambió. Intentó abofetear a Percy.

Pero éste hizo algo mucho más contundente. En realidad todo ocurrió con tal rapidez que Mark no pudo evitarlo. No pudo preverlo tan siquiera.

Percy había movido el revólver.

Disparó a boca de jarro contra la muchacha, atravesándole el pecho. Ella ni siquiera pudo gritar. Todo su cuerpo sufrió un estremecimiento, mientras caía hacia atrás.

Mark gritó:

—¡Maldito…!

Percy se había vuelto con una mueca de rabia reflejada en sus facciones. Disparó contra él.

Lo hizo con precipitación, y la bala se clavó en la pared. Mark se arrojó a tierra.

En aquellas condiciones, era lo único que podía hacer. Trató de gatear hacia el cadáver de Lucy, a la que había visto guardar el revólver.

Percy lanzó una maldición al darse cuenta de que acababa de fallar el tiro. Pero no se atrevió a perder un tiempo precioso buscando a su enemigo, al que de repente había perdido de vista.

Corrió alocadamente por el pasillo. El disparo habría causado alarma, sin duda, pero no se veía a nadie aún. Se dirigió hacia una de las ventanas, por la que pensaba saltar a la calle.

De pronto, en el pasillo, apareció alguien. Era uno de los hermanos Custer, el que siempre leía.

Vio pasar a Percy a su lado y ni se inmutó.

Lo vio lanzarse de cabeza por una de las ventanas y ni tan siquiera hizo una mueca.

De pronto alguien se despegó de una de las paredes. Alguien que parecía llegar un segundo tarde.

Dean lo reconoció. Era un tipo muy popular en Dakota del Norte: el lugarteniente del pistolero Sanders.

Parecía tener interés en lanzarse por la misma ventana, para ir en seguimiento de Percy. Masculló:

—¡Condenado perro!

Y estuvo a punto de arrollar a Dean. Éste murmuró:

—Eh, amigo… Sin atropellar…

Y propinó con el lomo de su libro un golpe en la cabeza del pistolero. Fue un golpe que, al parecer, no tuvo demasiada fuerza.

Pero se oyó un brusco chasquido.

Y el pistolero cayó como si le hubiera fulminado un rayo.

Mark salía en aquel momento de la habitación, con un revólver en la derecha. Sus facciones estaban desencajadas.

Por un momento creyó que el caído era Percy. Lanzó un suspiro de alivio.

—Lo ha capturado usted, Dean —susurró.

—¿Capturar? ¿A quién?

De pronto el joven lanzó una imprecación.

—¡No es Percy! ¡Infiernos! ¡Es el lugarteniente de Sanders!

—Claro que sí… ¿Pero a mí qué me cuenta? El muy imbécil quiso arrollarme.

—Oiga, por poco le abre la cabeza… ¿Con qué infiernos le ha atizado?

—Con mi libro.

Y mostró a Mark el borde de éste.

El joven quedó anonadado. ¡Infiernos! ¡El lomo de piel de aquel librote estaba levemente desgarrado! ¡Y por debajo asomaba una enorme masa de hierro! ¡Aquello no era un libro, sino un martillo pilón!

—Trucos que tiene uno —dijo Dean suavemente.

Y siguió paseando, leyendo siempre la misma página. Mark sintió por un momento como si el golpe se lo hubieran dado a él.

Pero unos instantes más tarde se había lanzado bruscamente por la ventana destrozada, en seguimiento de Percy.

CAPÍTULO X

Estaba dispuesto a acabar con aquel perro al precio que fuera. Estaba decidido a matarlo allí donde lo encontrase.

Pero jamás Bismark le había parecido una ciudad tan grande y tan llena de vericuetos. En cualquiera de sus rincones podía haberse ocultado aquel miserable al que tal vez ya no encontraría nunca.

Con los ojos llameantes, miró a un lado y otro de la calle.

El revólver temblaba en su mano derecha. Nunca había sentido tan brutales deseos de matar.

En aquel momento una sombra se acercó a él. Era una sombra que al moverse producía un suave fru-fru de sedas.

Mark giró apenas la cabeza. Reconoció a Mary, la otra bailarina: la compañera de Lucy.

El rostro de la muchacha parecía una máscara por la que resbalaba el llanto. Sus labios temblaban espasmódicamente.

—Acabo de ver lo que ha ocurrido —musitó—. Ese perro… ¡Ese perro ha matado a Lucy!

—¿Sabías tú que se conocían?

—Ella me lo confesó.

—Debiste habérmelo dicho: Ya has visto lo que ocurre cuando uno ayuda a vivir a una serpiente. ¡A las serpientes no se las ayuda! ¡Se les aplasta la cabeza!

Mary susurró tensamente:

—Quiero matar con mis propias manos a ese perro.

—Tus manos son demasiado finas, muchacha. Más vale que cuides del cadáver de Lucy. De ese tipo me encargaré yo.

—No sabes ni dónde está…

—Eso es lo peor. En Bismark hay muchos escondites y yo no puedo reconocerlos todos.

Los dientes de Mary rechinaron.

—Yo imagino a dónde ha ido —murmuró—. Sólo hay un sitio donde puedan haberle ayudado.

—¿Dónde?

—En casa de Úrsula Gaylor. Allí se reúnen todos los guías de la frontera cuando quieren un rato de juerga. Lo sé porque trabajé allí un tiempo. Era un lugar maldito… Pero Percy necesitará un guía para esta misma noche y habrá ido a buscarlo allí. No puede arriesgarse a pasar por la nieve sin conocer los caminos muy bien.

Mark se pasó una mano por la boca.

—Si ese perro está allí, te juro que le arranco la piel esta misma noche.

—Y yo quiero verlo… —dijo Mary rencorosamente—. Quiero verlo con mis propios ojos…

La casa de Úrsula Gaylor no la conocía todo el mundo en Bismark. Mejor dicho, lo que se conocía era solamente una parte de ella.

Externamente, era un saloon como otro cualquiera, con sus reservados y su sala de juego, donde, para dar sensación de honradez, no se permitía apostar cifras demasiado altas.

Pero, en su interior, el negocio tenía otra magnitud, todos los cargamentos de pieles robados en el Canadá se custodiaban y se vendían en las habitaciones secretas de Úrsula. Todos los criminales que necesitaban pasar la frontera sin ser notados, iban a verla. Mediante precio, les facilitaba un guía. Al contrario, los criminales que pasaban del Canadá a los Estados Unidos sabían que tenían un refugio seguro —y caro—, en su casa, para las primeras noches que hubieran de pasar en su nuevo país.

Sólo una mujer que hubiera trabajado allí, como Mary, podía conocer todos esos secretos.

Normalmente no los hubiera revelado nunca, porque le convenía estar a bien con Úrsula Gaylor. Pero ahora era distinto. Ahora quería, sobre todo, la piel de aquel perro.

Se acercaron al saloon. Éste tenía un aspecto animado y alegre. Mucha gente entraba y salía por la puerta principal.

Pero no era eso lo que interesaba a Mary. Hizo una seña a Mark.

—Por allí.

Se dirigieron a la parte posterior. Allí estaba la entrada de las cuadras.

—La verdad es que esto tiene un aspecto un poco raro —musitó Mark.

—No saques deducciones precipitadas. Espera.

Sólo al entrar en las cuadras se encontraba uno con una puertecilla lateral que aparentemente daba a una pieza de servicio. Pero una vez traspuesta, empezaba tras ella un lujoso pasillo que nada tenía que ver con tan modesta y engañosa entrada.

—Quédate a un lado —susurró Mary.

—Bien.

Ella golpeó con los nudillos en la puerta. Se abrió una rendija.

El rostro de un hombre apareció en ella. Lo único que vio fue la figura de Mary.

—¿Tú otra vez aquí?

—Ya ves… Las cosas no han marchado bien.

—¿Y qué quieres?

—Ver a la señora Gaylor. Necesito trabajo.

—Ella está ocupada ahora. Vuelve más adelante.

—Es que lo que he de decirle puede interesarle. Estoy segura de que le interesará mucho.

El hombre que estaba tras la puerta pareció vacilar. Al fin hizo un gesto de asentimiento.

—Si te dejo pasar ahora tendrás que ser amable conmigo, Mary. Tan amable como en otro tiempo.

—Claro que sí, Pierre.

Pierre abrió.

Y fueron «amables» con él, pero de un modo bastante inesperado. Porque de repente sintió como si algo le hubiera hundido la bóveda craneana.

El golpe propinado por Mark, empleando la culata, había sido de los que tumban a cualquiera. Pierre se deslizó silenciosamente hasta el suelo, donde quedó más inmóvil que una tortuga en invierno.

Mary susurró:

—Vamos.

Allí empezaba una escalera alfombrada, por la que subieron. Ella conocía el terreno perfectamente. Llegaron al piso superior,

doblaron el recodo de un pasillo y se encontraron ante una puerta pintada de blanco.

—Tiene que ser aquí.

Mark empujó la puerta.

Vio ante sus ojos una pieza grande, bien amueblada, decorada con tapices rojos, en la cual estaban una mujer y un hombre, sentados uno frente al otro.

Parecían estar hablando de negocios, a juzgar por su actitud. De negocios muy importantes.

Los dos volvieron la cabeza al oír el chasquido de la puerta. Se vieron claramente sus rostros.

Uno era el de una mujer de unos cincuenta años, de facciones metálicas, de ojos duros y fríos tras los que parecía no palpitar ningún sentimiento. Debía haber sido bonita en otro tiempo, pero ahora todo lo que quedaba de ella era dureza, frialdad, cálculo. El hombre era el que Mark esperaba encontrar allí: el maldito Percy.

Sus dientes rechinaron de odio.

—Ahora te tengo… —susurró—. Ahora te tengo, condenado perro…

Pero la voz metálica de Mary murmuró a su espalda:

—¿Qué es lo que tienes, Mark? ¿Quizá ganas de ir hacia tu tumba?

Y un objeto duro, metálico, tan inconfundible como el cañón de un revólver, se clavó en su espalda.

CAPÍTULO XI

Si en ese momento pinchan a Mark con un cuchillo, no le sacan una gota de sangre del cuerpo.

Hay momentos en que el asombro le deja a uno tan reo ido como si acabara de correr diez millas. Hay momentos en que todo vacila, en que todo se hunde, en que uno desearía morir.

Mark sintió que hasta sus rodillas vacilaban. Y notó que la mano de Mary, a su espalda, le despojaba del revólver.

—Sabía que estabas aquí y te lo he traído —dijo, increíblemente, la voz metálica de la mujer que estaba tras él—. Hiciste bien en liquidar a aquella estúpida de Luci. ¡No servía para nada! Siempre te pedí que la abandonaras, que vinieras conmigo. Y ahora sé que vas a hacerlo, Percy. Tú me necesitas a mí…

Si Mark no hubiera estado ya más allá del límite del asombro, aquellas palabras hubieran acabado de dejarle hundido. Porque Percy no era lo que se dice un tipo como para atraer a las mujeres. Feo, no demasiado fuerte, con expresión de estar siempre pidiendo ayuda, la verdad era que parecía tener que dar un poco de asco.

Pero ya estaba visto. Dos mujeres se mataban por él. Porque sabía excitar su instinto maternal o por lo que fuera. El caso era que Lucy le había ayudado hasta el fin. Y que Mary lo había olvidado todo, incluso la moral que hasta los animales tienen con tal de merecer otra vez los favores de aquel granuja.

Mark sintió una terrible náusea.

Y decidió que él no iba a morir allí, que no se dejaría la piel en aquel nido de escorpiones. Que antes acabaría con todos los que estaban allí, como una fiera salvaje.

Mary susurró tras él:

—Puedes matarlo tranquilamente, Percy. Aquí lo tienes,

desarmado y a tu merced. No volverá a molestarte más.

Percy se puso en pie.

Sus labios estaban doblados en una mueca satánicamente burlona, en una mueca a la vez de satisfacción y de odio.

—Has caído en la trampa, Mark —gruñó—. Eso te pasa por creer en las mujeres, idiota.

Movió la mano derecha y abofeteó dos veces la cara de Mark.

Éste no se inmutó, a pesar de que de sus labios estaba brotando sangre. Simplemente se lo jugó el todo por el todo, volviéndose con la rapidez del rayo, mientras dejaba caer su mano alzada.

Logró tocar el revólver de Mary cuando ésta disparaba. Lo desvió. La bala le rozó solamente.

Percy lanzó una salvaje maldición:

—¡Estúpida!

Úrsula Gaylor estaba sacando un pequeño «Derringer» de uno de los cajones de una mesita. Fue a lanzarlo hacia Percy, que estaba desarmado aún, creyendo sentirse seguro allí.

Mark propinó un salvaje puntapié a uno de los tobillos de la muchacha, que ahora estaba frente a él. El dolor hizo que Mary soltase el revólver.

Percy se lanzó hacia Mark, tratando de inmovilizarlo. Un terrible revés con la mano izquierda lo envió tambaleándose al otro lado de la habitación.

Mientras tanto el «Derringer» volaba ya por los aires. Percy hubiera podido recogerlo normalmente, pero cuando el arma cayó a tierra él ya no estaba en el mismo sitio, después del tremendo guantazo que acababa de recibir.

Mark se contorsionó.

Recogió el revólver que Mary acababa de soltar, mientras ésta trataba de abrir la puerta.

Los labios de Mark se contrajeron en una extraña mueca.

—Lo siento, compañera —musitó.

Y tiró contra Mary. Ella se tambaleó, alcanzada en mitad del corazón, mientras daba un paso hacia atrás y en su rostro se reflejaba el miedo más espantoso. Úrsula Gaylor lanzó un agudo grito, intentando pedir auxilio.

La segunda bala fue para ella.

Mark se había prometido a sí mismo que morirían todos aquellos

buitres, y ahora no estaba dispuesto a retroceder. Vio que Percy se contorsionaba por el suelo, pidiendo desesperadamente que le dejara seguir viviendo.

—¡Tú no puedes matarme ahora! ¡Tú tienes que llevarme vivo hasta Devils Lake! ¡No puedes disparar! ¡No puedes…!

—No, muchacho.

Y disparó fríamente.

Había tres balas en el «Colt». Las tres fueron para el cuerpo de Percy.

Éste aún intentó arrastrarse hacia la puerta, mientras gemía entrecortadamente. Pero a mitad de camino sus brazos se doblaron. Hundió la cabeza y trató de mirar a Mark.

Ni eso pudo hacer.

De pronto su frente chocó contra el suelo. Su boca quedó abierta en una mueca de dolor.

Mark apenas lo miró.

Recargó su revólver sin prisa, porque sabía que quizá iba a necesitar más balas. Luego dirigió una última mirada a los tres cadáveres que yacían en la habitación.

—Lástima —murmuró—. Mary no era fea.

Y salió.

El vigilante de la puerta aún estaba «descansando» abajo, después del terrible golpe sufrido. Mark pasó sobre él y abrió tranquilamente, mientras a su espalda, en el interior de la casa, empezaba a organizarse un terrible tumulto.

Mark se dirigió de nuevo hacia el hotel, mientras trataba de encender un cigarro.

Pero su mano temblaba. Acabó lanzándolo furiosamente a tierra.

CAPÍTULO XII

—¿Pero qué vas a hacer ahora? —murmuró James, a la mañana siguiente, mientras Mark le ayudaba a enganchar los caballos, preparando la diligencia—. ¿Cómo justificarás la muerte de ese buitre? ¿Qué es lo que vas a decir?

Mark apretó bien una cincha.

—Muy sencillo —explicó—. Anoche me presenté al *sheriff*, después del tiroteo y le expliqué todo lo que acababa de suceder.

—Se pondría furioso, supongo.

—Desde luego, porque no me cabe duda de que estaba a sueldo de Úrsula Gaylor. Pero no le quedaba más remedio que disimular, y así lo hizo. Retiró el cadáver de Percy, como yo le había pedido, y poco después estaba con él en la funeraria.

—¿Qué han de hacer allí?

—Embalsamarlo. Ya intencionadamente no le disparé a la cara, para que ésta quedase intacta. Desde la propia funeraria lo reexpedirán a la ciudad de Chamberlain, donde habrán recibido ya una carta mía. No verán la ejecución, pero al menos sabrán que se hizo justicia.

James engrasó un momento el eje del freno.

—¿Entonces por qué sigues? Tu misión ha terminado. Podrías volver a Chamberlain.

—Las cosas nunca son tan sencillas como uno quisiera —dijo pensativamente Mark.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas cuando iniciamos el viaje? Te hice esperar unos minutos porque iba a desafiarme con un hombre. Aquel hombre era el hermano de Percy, quien conocía cuál era mi misión y quería liquidarme ya antes de que la empezase. Ése fue solo el principio,

más complicado, desde luego, de lo que yo imaginé. Y con el final ocurre lo mismo: Hay que juzgar a Sanders.

—¿Y qué?

—He de repetir ante el tribunal lo que varias veces oí decir a Percy durante el camino: que Sanders era culpable. Además…

—¿Además qué…?

—No, nada.

Por la puerta del hotel acababan de aparecer cuatro figuras. Eran los hermanos Custer, siempre acompañando a la muchacha. Ésta aparecía muy pálida y daba la sensación de haber llorado poco tiempo antes.

James miró significativamente a Mark.

—¿Es por ella?

—Sí.

—No parece muy feliz…

—Van a casarla a la fuerza. No sé si conoces la historia.

—No, ni idea.

—La casarán con Halloran, y a cambio de eso los tres buitres cobrarán cada uno un buen fajo de dólares.

James masculló:

—Los muy hijos de hiena… Entregar a una chica así a Halloran… Porque Halloran es uno de los cerdos más imponentes de los que pisan Dakota del Norte. Tú vas por eso allí, ¿no? Porque aún tratas de hacer algo…

—Exacto.

—Pues no sé qué vas a conseguir.

—Yo tampoco.

—Entonces más vale que empieces a pensar algo, muchacho. Porque a Devils Lake llegamos esta noche.

La muchacha no apartaba los ojos de la cinta blanca del camino, que les llevaba ahora en dirección Este, hacia Devils Lake. Y parecía decirse una y cien veces que aquel camino era demasiado bueno, que aquella diligencia iba demasiado aprisa.

Parecía vivir las últimas millas como el condenado vive los últimos minutos de su existencia.

Mark se daba cuenta de eso. Y sufría. Y se decía que no debía creer en ninguna mujer, pero que aquélla era distinta. Las sombras empezaban a cubrirlo todo.

Las ruedas de la diligencia traquetearon en aquel momento.

James gritó:

—¡Cruzamos el torrente! ¡Amigos, estamos llegando a Devils Lake! ¡El fin del viajeeeeee…!

El fin del viaje…

Para Mark era tal vez el principio. O quién sabe si el fin de todo, de sus esperanzas, de sus ilusiones, de su sueño secreto que había alimentado en contra de su voluntad.

Devils Lake…

Allí esperaría Halloran. Allí Linda se convertiría en su esclava para toda la vida o tal vez para una temporada, hasta que Halloran se cansara y la dejase como se deja un objeto inservible.

Las calles de la ciudad aparecían bastante concurridas a aquella hora. Al igual que sucedía con Bismark, multitud de tramperos y de comerciantes de pieles pululaban por allí. En los troncos de algunas casas de las afueras aún se acumulaba el hielo de una ventisca que había soplado aquel amanecer.

Era una mala época para los tiradores fáciles, para los hombres de gatillo.

Con las manos ateridas no se puede disparar bien. Y menos aún se puede disparar con guantes.

Quizá por esa razón abundaban mucho los cuchillos, y algunas de las peleas que tenían lugar en los saloons eran a puñetazo limpio. Una vez terminadas algunas de ellas, los contendientes quedaban tan amigos, porque había sido un pretexto para calentarse mutuamente.

La diligencia se detuvo al fin.

Era el término del viaje. El camino estaba decidido para Mark, y sobre todo para Linda.

James se rascó la barba. Descendió de un salto y abrió la portezuela.

—Siento que hayamos llegado, Mark —susurró—. Pero todo tiene un final en esta vida, muchacho.

—Sí… Todo tiene un final.

—Hala, abajo. Y si puedo ayudarte en algo, me lo dices. Hace tiempo que no dejo seco a nadie.

Mark, mientras descendía, miró de soslayo al interior de la diligencia.

—¿A quienes quieres dejar secos? —murmuró—. ¿A esos tres?

—No… Desde luego, con ellos no me atrevo.

—Pues olvídate del asunto, muchacho.

Descendió y miró en torno suyo. Estaba cerca de la oficina del *sheriff*, donde debería presentarse sin tardanza.

Los hermanos Custer descendieron inmediatamente después.

Los tres miraron a Mark, uno tras otro. Era imposible decir si le desafiaban o le compadecían. Y Mark comprendió que sólo con la muerte les haría desistir de su propósito.

Pero no podía matarlos a los tres.

Fue Lyndon el que murmuró, esbozando una burlona sonrisa:

—Lo siento de verdad, amigo.

—¿Qué es lo que siente?

—Me había parecido que usted estaba interesado por Linda. Es una verdadera lástima.

Mark no contestó. Se limitó a encajar las mandíbulas fuertemente, tan fuertemente que toda la cara le hizo daño.

—Pero no se preocupe —dijo Mac, interviniendo entonces, con una sonrisa burlona muy parecida a la de su hermano—. Son muchos los que se han interesado ya por Linda, a pesar de lo jovencita que es ella. No puede casarse con todos, ¿verdad? Y Halloran será quien se la lleve. ¿Tiene algo que decir en contra?

Sí, Mark tenía muchas cosas que decir.

Y estuvo a punto de decirlas todas a la vez clavando un puñetazo en la mandíbula de Mac, pero se contuvo en el último momento, rechinando los dientes.

Volvió bruscamente la espalda.

Oyó entonces, en el pescante de la diligencia, el suave frufrú de la falda de Linda, que se disponía a descender. Estuvo a punto de girar hacia ella, de mirarla por última vez, de decir, quizá en una única y patética palabra, todo lo que en aquellos momentos sentía.

Pero apretó los puños y se contuvo.

No se volvió. Decidió que no vería nunca más a aquella muchacha.

Cruzó la calle y entró en la oficina del *sheriff*.

Éste se hallaba sentado tras su mesa y fumaba una pipa plácidamente. Arqueó una ceja al ver a Mark, a quien conocía bien.

—Hola, muchacho. Has sido puntual.

—Hola, Jim.

—Siéntate y bebe algo. —Extrajo de un cajón una botella de licor—. ¿Dónde has metido a Percy?

—Hube de matarlo.

—¿Cómo? ¿Pero tú sabes en qué lío nos has metido ahora?

—Las cosas se pusieron de tal modo que no tuve más remedio. He dado a embalsamar su cadáver para que lo trasladen a Chamberlain y la gente pueda ver que, efectivamente, está muerto.

—Pero tú sabes que aquí lo necesitábamos para otra cosa. Tenía que declarar contra Sanders.

—Le oí decir varias veces, durante el viaje, que Sanders era culpable. Y yo estoy dispuesto a repetir ante el jurado esas palabras.

—Bueno, quizá sea suficiente —y el *sheriff* bebió un trago—, pero no pareces muy alegre.

—No, no lo estoy.

—Bebe algo, hombre.

—Lo que me ocurre no se arregla con alcohol. En fin, dejémoslo. ¿Qué sabes de Halloran?

—Lo que sabe todo el mundo. Que es el tipo más rico de la comarca.

—Y que va a casarse.

—¿Estás triste por eso? ¿Acaso te interesa la chica que él va a llevarse?

Mark no contestó. El *sheriff* lanzó una carcajada.

—En efecto.

—Mira, muchacho, si es así más vale que lo olvides —dijo—. Halloran consigue siempre lo que quiere. Esta noche vende parte de sus tierras para pagar no sé qué… Tiene en sus manos una verdadera fortuna. De modo que, si quieres un consejo de amigo, bebe hasta caerte y luego duermes la mona tres días seguidos. ¿Dónde vas a alojarte?

—Sigue abierto el Providence, ¿no?

—¡Claro que sigue abierto! Y todavía no he podido conquistar a la dueña.

—Pues me alojaré ahí. Y quizá siga tu consejo. Beberé hasta hartarme, hasta caer al suelo.

Hizo un breve saludo con la mano derecha, se puso en pie y salió.

Ya no quedaba ninguno de los viajeros. La diligencia parecía un gigante dormido a un lado de la calle. Sin caballos, sin mayoral, tenía un extraño aspecto de tumba vacía. Mark se acercó y contempló el interior, miró aquellas paredes donde Linda y él habían estado conviviendo durante casi cinco días. Pero ahora todo aquello era un maldito sueño que debía olvidar cuanto antes. Volvió a apretar los puños, giró y se encaminó hacia el saloon más cercano.

Con la mirada perdida en un punto indefinidamente, sin ver nada realmente, empezó a beber.

Pero Mark no era de esos hombres que ahogan las penas en alcohol. El emborracharse, al fin y al cabo, no resolvía nada. De modo que al cabo de unas cuantas copas decidió abandonar el saloon.

No era tarde.

Por las calles seguía circulando mucha gente, a pesar del frío. Ante un gran almacén estaba siendo descargada una colección de pieles. Varios letreros de la calle principal reproducían un nombre que para Mark resultaba bien conocido:

«HALLORAN GENERAL STORE»
«HALLORAN SALOON BARBER SHOP»
«HALLORAN MINING COMPANY»…

Allí, por lo visto, Halloran era prácticamente el dueño de todo. Desde la última vez que Mark estuvo allí, sus negocios habían aumentado prodigiosamente. Ahora tenía incluso una barbería. Quizá lo único que no era suyo —aún—, era la empresa de pompas fúnebres.

Siguió andando.

Una pena sorda, una rabia lacerante, le dominaban.

Vio la magnífica casa pintada de blanco, la casa que tenía los mejores porches de la ciudad.

Una placa dorada decía sencillamente ante la puerta:

«HALLORAN»

No hacía falta indicar más. Aquélla era la residencia del magnate. Y ése era el lugar donde debían encontrarse ahora los hermanos Custer.

El joven se sintió dominado por el dolor y por la curiosidad al mismo tiempo. Pero también un extraño pensamiento estaba penetrando en él. Un pensamiento que en cierto modo era absurdo, al que no quería dar nombre, pero que le desasosegaba por completo.

No, no podía ser.

¿Pero y si fuese?

El joven se acercó a la casa, mientras en su cerebro parecía rugir una verdadera tempestad.

El silencio le rodeaba.

Las sombras envolvían aquel edificio situado en el mejor lugar de Devils Lake.

Mark sentía que algo le hacía daño en lo más hondo del corazón, pero aquel pensamiento angustioso no le dejaba vivir.

Siguió avanzando en silencio hasta llegar junto a una de las paredes laterales de la casa.

Sólo al entrar en ésta ya se tenía una impresionante sensación de riqueza y de poderío. Los Custer comprendieron que no se habían equivocado.

Pese a su aparente rudeza, eran excelentes conocedores de las piezas de calidad. Los muebles que había allí, por ejemplo, valían una fortuna. Algunos cuadros alcanzaban excelentes precios en las exposiciones de San Francisco. Se veían piezas de porcelana china en las vitrinas que adornaban los salones. Aquélla no era casa del Noroeste, sino un palacio de la ciudad. Los tres hermanos estaban extasiados.

Parecía mentira que, con su aspecto, pudieran apreciar todas aquellas cosas.

Cualquiera hubiese dicho, viéndolos, que sólo daban valor a un buen revólver, una pierna de bisonte asada, un barril de cerveza y la sonrisa condescendiente de una chica. Y en cierto modo era verdad, pero los Custer eran unos personajes muy extraños. Había muchos detalles en sus vidas que la gente no conocía. Y éste era uno de ellos.

Conocían las obras de arte como verdaderos expertos. Y sabían

el precio que podían alcanzar en una subasta, en una exposición, en el salón de tal o cual dama de San Francisco, Vancouver o Seattle.

Linda también entendía de todo aquello. También lo miraba todo, pero con ojos inexpresivos.

Estaban en el vestíbulo, esperando, cuando oyeron una tosecita en lo alto de las lujosas escaleras que llevaban al piso superior.

Todos miraron hacia lo alto.

Halloran estaba descendiendo poco a poco. Sus ojos codiciosos miraban a la chica. No se preocupaba de los demás, como si no existieran. Sus miradas sólo servían para envolver el cuerpo de Linda, para poseerla como si ya fuera un objeto de su exclusiva propiedad.

Lyndon dijo respetuosamente:

—Señor Halloran…

El magnate le miró entonces por primera vez.

—Han sido ustedes muy puntuales. Lo celebro.

—La diligencia no se ha retrasado, a pesar de que hemos tenido bastantes aventuras. Y ya sabe que nosotros cumplimos siempre, señor Halloran. Los negocios son los negocios.

Halloran pareció desentenderse de aquella última frase.

Miró codiciosamente las curvas que se insinuaban bajo el vestido de Linda.

—Estás preciosa —elogió.

Linda dijo por entre sus labios apretados:

—Celebro gustarle, señor Halloran.

—Me gustas mucho. Ven aquí.

Lo decía como un dueño, como el que se dirige a un perrillo. La orden, dada en aquel tono, casi era ofensiva para la mujer, pero ella obedeció. Se acercó sumisamente.

Lyndon hizo entonces diplomáticamente:

—Ejem…

Halloran pareció despertar de un dulce sueño. Los miró a los tres.

—No olvide que «los negocios son los negocios», señor Halloran —dijo Mac—. Y nosotros aún hemos de tratar uno muy importante.

—Tienen razón… Vayamos a mi despacho.

—Estábamos esperando que dijera eso, señor Halloran.

El millonario les indicó la escalera.

—Por aquí.

Subieron todos. Linda lo hizo delante, y para moverse con más comodidad se subió un poco la falda. Sus pantorrillas eran literalmente sensacionales. El verlas a poca distancia, mientras se movían con tanta gracia, acabó con el poco juicio que le quedaba a Halloran.

Lo único que ansiaba era hacer suya a aquella mujer. Hacerla suya cuanto antes, a costa de lo que fuera.

Penetraron en su lujoso despacho, donde en aquel momento estaban reunidos tres hombres.

Los hermanos Custer les miraron. Parecieron desafiarlos con los ojos, porque habían adivinado lo que aquellos tres tipos eran. Se trataba de guardaespaldas, el oficio que ellos habían ejercido durante mucho tiempo, tras abandonarlo por otras actividades más lucrativas. Lyndon hizo una mueca de asco.

—¿Qué ocurre, señor Halloran? ¿No tiene confianza en nosotros? ¿Por qué nos recibe con sus matones aquí?

Halloran se disculpó con un gesto.

—Deben perdonarme. Es que tengo mucho dinero guardado en este despacho, precisamente hoy. Ya saben el acuerdo a que llegamos… Pero inmediatamente se marchan.

Hizo una seña áspera a los tres hombres, como si despidiese a tres perros.

—¡Hala! ¡Fuera!

Los pistoleros se largaron velozmente. En el despacho sólo quedaron Linda, los tres gigantes Custer y él. Les indicó unas lujosas butacas para que se sentaran.

—La boda se celebrará casi inmediatamente —manifestó Halloran, yendo sin dilación al grano—. No necesito decirles que la chica me gusta… El juez tiene preparados los papeles para mañana por la mañana. Pero antes he de arreglar con ustedes la pequeña cuestión del precio.

—No es una pequeña cuestión, señor Halloran —dijo Lyndon burlonamente—, sino un asunto de mucho dinero.

—Lo comprendo y estoy dispuesto a cumplir. He vendido algunas tierras para poder pagarles.

—Eso es ser un comerciante honrado, señor Halloran.

Mac intervino.

—Pero de las tierras ha sacado mucho más dinero que el que tiene que darnos a nosotros, señor Halloran.

—Eso por descontado. Pero me interesa guardarlo. Tengo que ampliar mis negocios. Y en todo caso, amigos, ése es un detalle que a ustedes no les importa. Ustedes cobrarán su parte y en paz.

Lyndon rió quedamente.

—Es una postura muy razonable la suya, Halloran. Pero usted está hablando de que cobremos y aún no hemos visto el dinero por ninguna parte.

—No les haré esperar ni un minuto más. Aquí lo tienen.

Abrió el cajón central de su mesa y extrajo unos grandes fajos que depositó a la vista de todos.

—¿Quieren contarlos?

Los Custer se miraron.

Un relampagueo pasó por sus ojos mientras Lyndon decía en nombre de los tres:

—Naturalmente que lo contaremos, señor Halloran, pero no es eso lo que importa ahora. Lo esencial es que queremos más.

—¿Co… cómo?

—Queremos todo lo que usted tiene en la caja fuerte. Medio millón aproximadamente, que es en lo que valoramos las tierras vendidas. Y algunas telas de pintores famosos de las que hay en el vestíbulo, y que bien enrolladas pueden venderse perfectamente en San Francisco. Y quién sabe si también nos decidiremos por algún jueguecito de porcelana china. Nosotros somos así de finos, señor Halloran.

El millonario creyó no haber oído bien.

Todo aquello le sonaba como un rumor extraño, absurdo, como el lejano rumor de un terremoto al que uno no da crédito hasta que lo tiene materialmente encima.

Torció los labios para susurrar.

—¿Qué… qué pretenden decir?

—Una cosa muy sencilla, señor Halloran. Ahora ya no hacen falta disimulos: Ha caído usted en una encerrona.

Las manos gordezuelas del millonario temblaron.

Intentó llevar la derecha hacia el cajón donde guardaba su revólver pero no se atrevió.

Lyndon rió suave y silenciosamente, mientras Dean abría su

libro, del que no se separaba nunca.

Debajo de las páginas que siempre leía había un hueco que era en realidad como una pequeña caja. De ella extrajo un saco de seda, muy bien doblado, y lo desdobló para meter en él los billetes que había sobre la mesa.

Halloran sentía como si le estuvieran pinchando la espalda con una aguja al rojo.

Con voz que era apenas un susurro balbuceó:

—¿Quieren decirme qué… significa esto?

—Lo que acaba de oír, señor Halloran —explicó calmosamente Lyndon—: que ha caído usted en una encerrona. Nosotros sabíamos que usted era fabulosamente rico, pero que casi nunca tenía dinero en su casa y que además ésta se hallaba muy bien guardada, de modo que resultaba imposible entrar en ella por sorpresa o a la fuerza. ¿Cómo podíamos lograr que tuviese aquí medio millón en efectivo? ¿Cómo conseguir que, además, nos recibiera como a huéspedes de honor en su propio despacho, a dos pasos de su arca de caudales? Había un sistema, y fue contratar a Linda Spencer, la chica más bonita y descarada que pudimos encontrar. Una verdadera fierecilla, ansiosa de bañarse en dólares crujientes y recién impresos. Ella aceptó el trato, y aquí la tiene.

Halloran balbuceó, sintiendo como si la sangre se le hubiera quedado helada en su propia garganta.

—¿Es que ella… no se llama Custer? ¿No es su hermana?

—¿Qué ha de ser? No diga tonterías, amigo Halloran. Nos vio por primera vez cuando planeamos este negocio. Pero modosita sí que lo es, y da el pego a cualquiera. De modo que ahora acepte los hechos y resígnese a que le demos un buen pellizco, porque de lo contrario aún podría ser peor. Abra la caja.

Halloran se estremeció.

—Abra la caja he dicho —ordenó Lyndon con voz silbante.

Su expresión había cambiado.

Era la del hombre que sabe lo que hace y lo que quiere, la del hombre que está dispuesto a matar.

Halloran, temblando, se puso en pie.

Con manos inseguras apartó el cuadro que ocultaba la caja fuerte. Empezó a manipular en los resortes de ésta.

En sus ojos, ahora que no podían verle, brillaba una esperanza

febril.

Dentro de la caja no sólo había un revólver cargado, sino también un timbre de alarma. Para hacerlo sonar, bastaba tirar de una pequeña empuñadura.

La caja se abrió con un chasquido.

La derecha de Halloran se introdujo en ella. Notaba que sus enemigos estaban anhelantes, pero al mismo tiempo confiados. Pensaban que dominaban la situación. No esperaban aquello.

Se volvió bruscamente, empuñando el revólver.

Con una mueca de rabia satánica disparó contra el hombre que ahora tenía enfrente, contra Lyndon. Éste lanzó un grito de horror al recibir el balazo en plena cara. Su rostro se convirtió en una espantosa mancha roja.

Pero no cayó. Sus dedos levantaron rabiosamente el revólver.

Disparó tres veces.

Halloran, colgado del timbre de alarmar, se retorció tres veces también. Las balas le habían atravesado el corazón y el estómago. Quedó colgado como un pingajo, mientras la alarma resonaba en toda la casa.

Lyndon se dobló trágicamente sobre la mesa.

—Daos prisa… imbéciles —masculló—. Vaciad… la caja… Ahora tendréis más parte…

Y resbaló sobre la mesa volcándola con su enorme corpachón. Por la postura en que quedó su cuerpo, todos supieron que no volvería a moverse nunca más.

Mac se abalanzó hacia el arca.

Con una mano empezó a lanzar billetes hacia Dean, que llenaba el saco. Con la otra sostenía el cuchillo que durante el viaje no había dejado de afilar.

La puerta del despacho se abrió de repente.

Uno de los guardaespaldas que antes habían estado allí, apareció en el umbral. Llevaba un «Colt» en cada mano, pero no llegó a emplearlos.

El cuchillo rasgó el aire antes de que se diera cuenta. Miró estupefacto el mango que sobresalía de su pecho, a la altura del corazón, y de pronto sintió que las rodillas se le doblaban. Cayó a tierra, muerto, con una mueca de asombro todavía dibujada en su boca.

Se oían pisadas.

Otros guardaespaldas estaban llegando ya.

Dean, el del libro, no se inmutó.

Lo abrió por el lado correspondiente a otras hojas, y apareció un nuevo hueco, éste muy pequeño, conteniendo una botellita que encajaba perfectamente en él. Estaba tan protegida que, aunque el libro se moviese con violencia, era difícil que sufriera la menor repercusión.

La extrajo con un hábil movimiento y la lanzó en el momento en que dos hombres más entraban. La botella estalló justo a sus pies y los hizo volar por los aires. Sólo uno de ellos murió al instante, pero Mac, que ya no tenía cuchillo, se encargó de «arreglar» al otro con dos disparos de su revólver.

La situación, sin embargo, no estaba resuelta.

Debía haber más guardaespaldas por la casa. Se oían ruidos en todas partes.

Linda apremió:

—¡Por favor! ¡Aprisa! ¡Aprisa!…

—Estoy corriendo todo lo que puedo, nena.

Mac palpó el interior de la caja, buscando más dinero. Sacó un estuche de joyas y lo arrojó a Linda, que ahora tenía el fino saco de seda. Luego siguió palpando.

Al parecer, había llegado al final.

No había nada más allí.

Pero sus dedos rozaron un pequeño resorte. Eso podía significar que había una segunda caja, aunque más pequeña, detrás de la primera. Y él no estaba dispuesto a dejar nada en su tarea de «limpieza».

Tiró de aquel resorte.

En efecto, había una segunda caja. Pero ésta era muy pequeña, y en su interior sólo había un revólver puesto en posición vertical por medio de dos resortes, y cuyo cañón apuntaba directamente hacia afuera.

Mac intentó apartarse, pero no llegó a tiempo. Lo único que logró balbucear fue:

—Perro… traidor…

La bala de revólver, que se había disparado automáticamente, le perforó la cabeza.

En cuanto a Dean y Linda, se daban cuenta de que la situación era peor que nunca; mucho peor, desde luego, de lo que habían esperado. Pero al menos estaban vivos y tenían más de medio millón de dólares. Podían escapar.

En aquel momento, en el umbral, aparecieron otros tres hombres. Los tres iban armados con «Colt» y les cortaban la retirada. Linda se llevó una mano a la boca, conteniendo un grito.

Pero Dean no se estuvo quieto. Aún tenía su libro, aquel libro que, al parecer, valía para todo, menos para leerlo.

Oprimió uno de los nervios del lomo, y de uno de los costados brotó como una exhalación un agudo estilete. El libro sirvió como magnífico contrapeso al lanzarlo, para que se clavara con fuerza en el cuerpo de la víctima.

La víctima fue el pistolero que estaba en el centro. Lo recibió en pleno cuello y lanzó apenas un gemido gutural. Intentó arrancárselo, pero no pudo.

Cayó hacia atrás, con la expresión de la agonía clavada en el rostro.

Los otros dos no se estuvieron quietos. Dispararon.

Dean se contorsionó, alcanzado por los proyectiles. Y ahora sí que Linda lanzó un grito de horror.

Sabía que la próxima víctima iba a ser ella, que nada la salvaría.

Y, en efecto, los dos hombres alzaron los revólveres para apuntarle a la cabeza.

Una sonrisa satánica distendía sus bocas.

CAPÍTULO XIII

Fue el de la izquierda el que primero quiso apretar el gatillo. El que antes quiso acabar con aquella situación.

Y fue también el primero en morir. Fue él quien oyó aquella voz queda:

—Eh, amigo…

Se volvió con gesto de rabia. Vio el pasillo largo, suntuoso, que moría en las escaleras. Y en el centro de aquel pasillo un hombre que parecía aguardarles con el «Colt» en la derecha, las piernas entreabiertas y los ojos grises destilando una fría decisión de matar.

Fue a tirar contra él, pero ya no tuvo tiempo. Mark descargó el primero su revólver. El pistolero gimió, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó pesadamente a tierra.

El otro intentó cobijarse en la habitación, para protegerse tras la muchacha. Dio un salto hacia atrás.

Tampoco llegó a tiempo. La bala de Mark fue mucho más rápida. Le alcanzó en la clavícula y le hizo doblarse. Cuando el otro trataba de responder al fuego, un segundo proyectil le barrenó la cabeza y acabó de tumbarlo por completo.

Ahora un silencio total, casi angustioso, envolvía de repente la casa.

Parecía como si no quedara allí ninguna persona viva, como si todos hubieran sido barridos por el vendaval de plomo.

Los pasos de Mark resonaron quedos entonces, en mitad de aquel expectante silencio. Resonaron mientras se acercaba a la puerta.

Linda había contenido la respiración.

Linda, teniendo en sus manos aquel saco de seda que valía más de medio millón de dólares, aguardaba con las facciones tensas, con

el pulso casi inexistente, como si el corazón se le hubiera paralizado de pronto.

Mark la miró desde el umbral.

Sus ojos no tenían expresión alguna.

Durante unos minutos angustiosos, casi inacabables, los dos se miraron como si no les quedaran fuerzas para hablar, como si sus pensamientos se hubieran paralizado por completo en aquel terrible instante.

Al fin fue Mark el que dijo, tratando de que su voz fuese natural:

—Tenía que presentarme a Halloran esta noche para ayudarle a conservar su oro, pero no pensaba hacerlo. Ese tipo me daba asco. Ha sido de repente, a última hora, cuando se me ha ocurrido algo que en principio me parecía increíble.

Ella tragó saliva penosamente.

Con voz opaca susurró:

—¿Has adivinado que no era hermana de los Custer?

—Desde luego, no te parecías en nada a ellos. Pero ésa es una idea que he tardado mucho en aceptar, hasta que de repente ha sido como una revelación. Entonces he entrado en la casa, pero por lo que veo, ya demasiado tarde.

Ella dijo con un soplo de voz:

—No, no es tarde del todo. El dinero… está aquí.

Y como él no contestaba, añadió:

—Estoy desarmada. ¿Qué vas a hacer?

—Eso lo decidirás tú, Linda.

—¿Qué es lo que… yo he de decidir?

Él dejó caer tristemente los brazos a lo largo del cuerpo. Sus labios apenas se despegaron al decir:

—Últimamente he tenido muy pocos motivos para confiar en las mujeres, Linda, de modo que no me voy a asustar ni me voy a sorprender por lo que tú hagas. Tienes ahí mucho dinero, supongo, y a tu manera te lo has ganado. Eres muy libre de llevártelo donde quieras.

Ella pareció no haber oído bien. Con voz incrédula musitó:

—¿Dices que… puedo llevármelo?

—Sí. En este momento eres muy libre de convertirte en una mujer honrada o en la ladrona más afortunada que ha habido jamás en Dakota del Norte. No tienes más que hacer una de esas dos cosas:

o dejar ese saco ahí, para que luego lo recoja el *sheriff*, o irte con el botín. Si haces esto último, yo no te perseguiré. Te juro que no me sorprenderé tampoco.

Ella se mordió el labio inferior.

Parecía pasar por su interior una tormenta, una verdadera conmoción que la trastornaba.

Miró el rostro de Mark, que trataba de mostrarse indiferente, de no reflejar ningún sentimiento, para no influir en ella.

Miró luego el saco de seda, que pese a su liviandad contenía una verdadera fortuna. Teniendo en cuenta las joyas había allí más de medio millón de dólares.

Al fin pareció tomar una decisión.

Encajó bien el saco entre sus dos manos. Y avanzó con él.

Mark sintió una cosa muy densa, muy amarga, en el fondo de su garganta. Pero no quiso que su rostro reflejara la menor emoción. No quiso, tampoco, decir una palabra.

«No me sorprende —fue lo único que pensó—. Al fin y al cabo ella es una… una…»

Pero cortó aquellos pensamientos. Su voz fue opaca e indiferente al murmurar:

—Supongo que teníais prevista la retirada.

—Sí. Un guía me hará pasar la frontera del Canadá esta misma noche. Me está esperando.

—¿No temes que te robe cuando estéis solos?

—No. No podrá hacerlo porque ese guía es también una mujer.

Mark sonrió tristemente.

—Todo estaba previsto, ¿eh?

—Todo.

Y Linda pasó por su lado, sin mirarle.

Con su maravillosa juventud. Con aquel cuerpo de diosa que tarde o temprano terminaría en presidio. Con su saco de seda que contenía más de medio millón.

Llegó al pasillo.

Mark tenía los ojos entrecerrados. Hubiera querido gritar de desesperación, de dolor. Pero su rostro pétreo se mantenía inflexible, y sus facciones no reflejaban ningún sentimiento.

Algo acababa de morir en él. Algo que ya no volvería a resurgir nunca.

Linda avanzó velozmente por el pasillo. Quería aprovechar aquella fortuna, quería huir…

De repente sus pasos se hicieron más lentos.

Menos decididos.

Parecía como si algo la atormentase, como si una voz interior la estuviera deteniendo.

Estaba ya al borde de las escaleras.

Sólo le faltaba descender unos peldaños, avanzar unos pasos más y ganar la puerta.

Mark no hacía nada. Cumpliendo su palabra, no la perseguía.

Linda apretó los puños de repente.

De su garganta escapó un gemido.

Soltó el saco y éste cayó rodando por las escaleras, mientras esparcía los fajos de billetes uno tras otro. Linda se llevó las manos a los ojos mientras gemía:

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Dios santo, no puedo más!…

Su cuerpo cedió. Sus rodillas se doblaron. Y hubiese caído del todo a no ser por los brazos de Mark, que la sujetaron férreamente, apretándola con fuerza contra su pecho.

—Esperaba que hicieras eso, Linda —susurró—. Aún confiaba en ti. Confiaba en la única mujer que ha significado algo en mi vida.

Con gesto solícito, fue a ayudarla a descender. Pero en ese momento oyeron un gemido en la puerta del despacho de Halloran.

Mark se volvió. Pudo ver que, cruzado en el umbral, estaba aún el cuerpo de Dean, que se desangraba. El rostro del pistolero estaba pálido ya como el de un muerto. Pero le hacía señas para que se acercase, como si le pidiera el último socorro de su existencia.

El joven se inclinó sobre él. Le sostuvo la cabeza.

—Lo siento, Dean Custer —murmuró—. Sois unos granujas, pero vuestro golpe tenía mérito. Sé reconocerlo.

Dean entreabrió los labios. Parecía estar haciendo un esfuerzo angustioso para decir algo. Al fin logró balbucear:

—He visto… la última escenita… Quería… felicitarte…

—¿Felicitarme? ¿Por qué?

—Por llevarte al fin a Linda… A mí también me gustaba, pero… pero… pero, chico… Llevar un bombón así en plan de hermanita… es un fastidio…

Mark le dio un golpecito suave, como queriendo alentarle. Miró

entonces el libro que aún sobresalía de la garganta del pistolero muerto. Una sola ojeada le bastó para darse cuenta de las cien utilidades que aquello tenía.

—Es una pequeña maravilla —dijo—. ¿Lo fabricaste tú?

—Sí… Y sirve… para muchas cosas… Por eso… no lo soltaba nunca.

—Ya me explicarás el secreto, Dean.

—No… no podré… Demasiado sé que no podré, muchacho… aunque trates de animarme. Además, casi le tengo rabia a ese librote.

—¿Por qué?

—Me ha aburrido como un demonio. Ya debiste notar que no cambiaba de página.

—Sí, ya lo noté. Debía ser muy pesado leer siempre lo mismo ¿no?

—Peor aún, muchacho —dijo Dean solemnemente—. ¡No sé leer!

Y echó la cabeza hacia atrás, exhalando su último suspiro.

Mark depositó en el suelo poco a poco, muy poco a poco, con una dulce suavidad, la cabeza del último de los Custer.

FIN